

Edición Especial / Idea Nº 5 - 2004

Imagina

¡DIME!
¿Qué piensas?
Rellena el cuestionario



REVISTA DE LA ALIANZA EVANGÉLICA ESPAÑOLA



**Transforma
tu entorno
allí donde
estés**



**Una estrategia
para alcanzar a
nuestra sociedad**

Contenidos

			2. ¿Puedes marcar la diferencia?
1. Imagina			
	4. El estado de la iglesia		5. El camino hacia la irrelevancia
6. El gran recurso			
			
8. Aprender a vivir, vivir para aprender			9. Tu país te necesita



El documento original (*Imagine*) fue escrito por Mark Greene, y ha sido adaptado a nuestro contexto social y eclesial por la AEE.

Mark Greene es director ejecutivo del London Institute for Contemporary Christianity. Antes fue vicepresidente y conferenciante sobre comunicaciones en el London Bible College, donde también estudió teología. Antes de eso, pasó diez años trabajando en publicidad con Ogilvy & Mather en Londres y Nueva York. Ha escrito y dado muchas conferencias sobre el ministerio en el entorno laboral y la cultura contemporánea. El London Institute for Contemporary Christianity lo

fundó John Stott en 1982 para ayudar a los cristianos a marcar una diferencia radical por Cristo en medio del mundo contemporáneo; en sus lugares de trabajo, vecindarios, escuelas y universidades. El LICC funciona hoy día, a nivel nacional e internacional, como defensor de un discipulado que dure toda la vida, y para cumplir la misión “dondequiera estemos”. El equipo multidisciplinario ofrece una amplia gama de recursos para cristianos, líderes, escuelas de teología y agencias cristianas, por medio de cursos, conferencias, publicaciones, vídeos, e-mails e Internet. Para saber más, contacte con: LICC, St Peter's, Vere St, Londres W1G ODQ. Tel: +44 (20) 7399 9555. Fax: +44 (20) 7399 9556. E-mail: mail@licc.org.uk Página web: www.licc.org.uk

¿Por qué no tenemos impacto?

Pablo Martínez Vila,

Presidente Alianza Evangélica Española



3. El estado del país: la oportunidad



7. Deja ir a mi pueblo



10. Ahora es tu turno

¿Por qué las iglesias evangélicas en España han tenido un impacto tan pequeño en nuestro país? ¿Por qué después de muchos años de libertad seguimos siendo una minoría casi desconocida y con una presencia social irrelevante? ¿Hay alguna estrategia que nos pueda ayudar a salir de esta situación? ¿Qué podemos hacer cada uno de nosotros y qué podemos hacer *juntos* para conseguirlo?

Estas son las cuestiones que intenta responder este documento originalmente producido por la Alianza Evangélica Británica. Su contenido nos pareció tan enriquecedor y estimulante que no dudamos en publicarlo. Su impacto sobre la iglesia en Gran Bretaña ha sido tan notable que el secretario general de la AE Inglesa, el destacado líder Joel Edwards, ha dicho: “Nunca antes una publicación nuestra había despertado una ola tan positiva de comentarios.”

Este documento contiene incisivos contenidos de autocrítica, tanto de la sociedad en la que nos movemos como de nuestras iglesias. Igualmente notables son sus observaciones en cuanto a estrategia misionera y evangelística. Pero, en mi opinión, lo más singular radica en su capacidad para apuntar al problema esencial: “la gran división” -como llama el autor al dualismo sagrado/secular- en la vida del creyente y de las iglesias que ha producido un “cristianismo de tiempo libre”. No sabemos pensar de forma cristiana sobre lo que hacemos en el mundo: el trabajo, los estudios etc. La consecuencia obvia es trágica: tampoco sabemos vivir como cristianos más que el domingo por la mañana. Esta incapacidad para aplicar la fe a la vida de cada día contiene el meollo de nuestro fracaso a la hora de llegar a nuestra sociedad. Y esto es un problema tanto de los creyentes individuales como de las iglesias. Esta fe reducida a la religiosidad del culto dominical nunca puede ser revolucionaria ni se puede presentar como un “camino superior”. El éxito a la hora de comunicar el Evangelio con persuasión va a depender de nuestra capacidad para integrar

y aplicar la fe a cada rincón de nuestra vida. Equipar e instruir a los creyentes en esta tarea es la necesidad más urgente de las iglesias hoy.

El autor no se limita a una labor sólo de denuncia o autocrítica sino que ofrece una ruta para este viaje que puede requerir cambios profundos en algunos de nuestros conceptos tradicionales. Sus sugerencias son radicales, pero no extremistas. Son radicales porque van a las raíces, pero conserva el equilibrio que emana de una estrategia profundamente bíblica.

El principal objetivo del documento es actuar como catalizador para un debate constructivo. Por ello, al final se incluye una encuesta que deseamos sea el primer paso para lograr aplicaciones prácticas. Queremos dar oportunidad a contribuciones y comentarios de los hermanos porque es trabajando juntos cuando mejor cumplimos el espíritu de Cristo. Parte del éxito de esta publicación va a depender del interés en responder a este cuestionario. Como Alianza no queremos que ésta sea una publicación más, por muy bueno que sea su contenido, sino el inicio de un largo camino para que el Evangelio llegue a penetrar en nuestro país.

Deseamos agradecer al autor Mark Greene, a quien tengo el placer de conocer personalmente por su ministerio en el London Institute for Contemporary Christianity, su permanente buena disposición a colaborar para que su escrito se pudiera publicar en España. Agradecemos, también, el excelente trabajo que José De Segovia, Antonio López, Pedro Pérez, Francisco Mira y Jaime Llenas han realizado para traducir y adaptar el documento a nuestro contexto.

Al presentar esta publicación al pueblo evangélico en España deseamos que tenga la misma excelente acogida que ha tenido en Gran Bretaña. Pero sobre todo, es nuestro deseo que nos estimule a pensar y trabajar juntos para alcanzar una meta: que las iglesias evangélicas en España sean comunidades atractivas, abiertas, que den a conocer a un Cristo vivo capaz de transformar vidas.

Imagina

Esta revista habla

de una posibilidad...

Imagina

qué pasaría si realmente creyésemos en el poder que tiene Dios para transformar las vidas de las personas.

Imagina

qué pasaría si nos sintiéramos presa del gozo y la gratitud por la diferencia que ha supuesto en nuestras vidas el amor de Cristo.

Imagina

qué podría pasar si observásemos a las personas con quienes pasamos nuestro tiempo y le preguntáramos a Dios: ¿Cómo deseas que transmita las buenas noticias a estas personas hoy?

Imagina

cuál sería el resultado si redescubriésemos nuestros recursos en Cristo y aprendiéramos a ser canales de tremendas bendiciones para nuestros conciudadanos, dondequiera que los encontremos.

Imagina

qué pasaría si creásemos comunidades cristianas donde las personas pudieran ser quienes son, y las animásemos a ser todo aquello que podrían llegar a ser.

Imagina todo esto en un país donde la inmensa mayoría ha rechazado a la iglesia, desprecia el cristianismo y ni siquiera sabe por qué Semana Santa es una festividad.

Imagínatelo.

En muchos de los países en vías de desarrollo el Cristianismo está en crecimiento. En España, salvo honrosas excepciones, se encuentra estancado o con un crecimiento muy lento. No tenemos estadísticas sobre la asistencia a nuestras iglesias, pero si tomamos las estadísticas generales que se elaboran en nuestro país la situación refleja que los evangélicos estamos entre el 0,6% y el 1% de la población. Estas son malas noticias para la Iglesia, pero son una tragedia para la gente que no conoce a Jesús. Lo que importa no es la supervivencia de una institución histórica, sino el destino eterno y el bienestar presente de 40 millones de personas. ¿Podemos marcar una diferencia?

Este documento llama a la iglesia española a reunirse para desarrollar una estrategia destinada a alcanzar al pueblo español. Argumenta que, por lo general, la iglesia no ha tenido una visión plena, no ha equipado ni ha respaldado a sus miembros para alcanzar a los demás dondequiera estén, y que a menudo hemos fracasado en dar a nuestros miembros actuales una visión motivadora de lo que significa ser discípulos incondicionales de Jesús en el mundo contemporáneo.

Sin embargo, las oportunidades son muchas. Imagina que las personas con las que contamos en la iglesia gozasen de una visión, una preparación y un respaldo. Imagina que se nos enseñara a ser buenas noticias para las personas con quienes ya mantenemos una relación. Imagina que entendiéramos el impacto que puede tener demostrar y compartir el amor de Cristo.

Esto requiere alteraciones en dos áreas clave. Primero, nuestras comunidades eclesiales deben volverse mucho más abiertas, interactivas, personales y expresivas; lugares donde resulte más sencillo entrar, comunidades a las que sea más fácil pertenecer.

Segundo, debemos volver a la enseñanza de Jesús de “hacer discípulos”, pasarnos la vida aprendiendo y practicando en unas comunidades de aprendizaje; comunidades que se centren en equipar a las personas para ir adonde están aquellos que no conocen a Jesús. Esto exigirá un cambio radical en la formación pastoral, en la práctica y en

¿Puedes marcar la diferencia?

la disposición de los cristianos individuales para comprometerse con las disciplinas de una formación cristiana de por vida.

En la década anterior, los líderes de iglesia intentaron responder a montones de preguntas: ¿Cómo podemos alcanzar a los jóvenes? ¿Cómo crecer como iglesia local? ¿Cómo podemos predicar con mayor efectividad? ¿Cómo puede la iglesia ministrar a los pobres? ¿Cómo podemos transmitir valores cristianos a través de los medios de comunicación? Éstas son preguntas importantes. Pero el modo en que las respondamos podría cambiar radicalmente si dispusiéramos de una estrategia general para alcanzar nuestro país, y de un sentido claro de cómo pueden trabajar en conjunto individuos, iglesias, organizaciones paraeclesiales y denominaciones para alcanzar esta meta. Ahora mismo, no disponemos de un plan. Y lo necesitamos.

Podríamos sugerir incontables formas de avanzar; una de las más esenciales sería echar un largo e intenso vistazo al libro de Hechos. Obviamente, esta breve publicación no puede analizar todas esas vías, pero sí analiza el estado actual de España, el estado de la iglesia y la importancia que tiene hoy día el evangelio para nuestro país. También sugiere las áreas en las que hay que potenciar la misión de compartir a Cristo, quién debe hacerlo y de qué manera. No ofrece una solución mágica, pero sí un punto de vista, y analiza las implicaciones del mismo para los cristianos individuales y nuestras iglesias.

Por supuesto, España presenta tremendas diferencias internas: a nivel regional, ideológico, económico, etc. De forma parecida, la iglesia presenta diferencias en su forma de abordar la Biblia, sus formas de adorar, su enseñanza, su cuidado pastoral, sus

compromisos con la cultura. A pesar de todo, los valores generales de los españoles son parecidos, y la misión general de la iglesia es la misma en todas partes. ¿Podemos identificar algunos pasos clave que pudieran transformar radicalmente nuestra capacidad para mostrar y compartir a Cristo con nuestra nación?

Por supuesto que sí. La verdad es que el objetivo de este documento no es el de detallar los errores pasados de la iglesia, sino más bien el de aprender lo que podamos los unos de los otros y contribuir a los propósitos que tiene Dios para España.

Ahora te toca a ti

Según dice un comentarista, “Los sermones son la oportunidad del pastor para hablar”. Esta afirmación asume que el resto de miembros también tenemos ocasión de dar nuestra opinión.

El principal objetivo de esta publicación es actuar como

catalizador para un debate. ¿Qué te ayudaría a marcar la diferencia donde estás? ¿Qué nos ayudaría a alcanzar a España? ¿Qué tipo de estrategia a largo plazo se necesita para que la comunidad cristiana llegue hasta nuestra nación? Naturalmente, este debate hará participar a líderes procedentes de diversas denominaciones y contextos. Pero esos líderes necesitan saber qué es lo que piensa el pueblo de Dios. Por eso te rogamos que completes el cuestionario en la página web o en este número. Tu opinión es esencial.

Este proceso debería ayudarnos a ver cómo cada uno de nosotros puede marcar una diferencia para Cristo, y nos ofrece una idea más clara de cómo podemos trabajar juntos para conseguirlo.

¿Cuál es el estado del país al que intentamos llegar?



En España, el cristianismo se marchita. Puede que esto sean malas noticias para la iglesia, pero es una tragedia para las personas que no conocen a Jesús.

El estado de España

La oportunidad llama a la puerta

¿Cual es el estado del país al que intentamos alcanzar?

España es uno de los países de Europa occidental que ha vivido una transición más rápida durante el último cuarto del siglo XX. Ha pasado de una visión del mundo tradicional ligada al catolicismo romano más conservador a una visión del mundo postmoderna, y esta transición la ha realizado sin apenas asumir los valores de la modernidad. España ha transitado de ser uno de los países con mayor práctica religiosa, con un peso mayor de la religión en la vida social a encerrar la religión en la esfera de lo estrictamente privado. Si hay un tema del que no sea cortés hablar hoy en día es de religión. Mucho de lo que los españoles entienden sobre religión viene mediatizado por su conocimiento de la Iglesia Católica. Aunque ésta sigue siendo muy

adecuación o inadecuación de una conducta era medida por la opinión de nuestros mayores, el famoso "qué dirán". Hoy en día somos una sociedad mayormente urbana, que vive del sector servicios y en la que no hay un modelo único de adecuación. Ese espacio vacío lo llenan ciertos estereotipos importados y algunos de fabricación propia pero intensamente secularizados. También los modelos de familia que eran hegemónicos al final del siglo pasado, como la familia más o menos extensa, según las distintas fórmulas entre el Norte y el Sur, han sido sustituidas por una gran variedad de modelos que se producen por la extrema fragilidad de los matrimonios. En España más de la mitad de los matrimonios que se forman no llegan a los 10 años de vida, sin contar con las muchas

demonstró el siglo XX es lo que profetizaba Nietzsche: a medida que las sociedades se apartan de Dios, no son más felices sino al contrario; no son más amantes, sino más egoístas.

España no es una excepción. Ha rechazado el modelo de cristianismo que conoce sin sustituirlo por ningún sistema de creencias, y sus habitantes no somos más felices por haberlo hecho. La verdad es que, después de esa mirada de cambios positivos de los últimos 40 años, hay tres cosas claras:

- 1) Pocas veces en la historia ha estado España tan deprimida y falta de guía.
- 2) Los valores individualistas que empujan a nuestra sociedad son tremendamente poderosos, pero no ofrecen la satisfacción que tanto desea la sociedad.
- 3) Una sociedad que no logra satisfacer las necesidades de sus miembros está preparada para escuchar unas buenas noticias que podrían conseguirlo.

Nunca hemos estado tan tristes

Vivimos en un país en el que cada siete minutos se produce un aborto y en el que cada cuatro minutos se produce un divorcio. La información en materia sexual no ha reducido el número de embarazos entre adolescentes, que en España es de unos 18.000 al año. Esta cifra se ha duplicado en los últimos diez años. Entre cuatrocientas mil y seiscientas mil personas padecen ansiedad generalizada o depresión, eso significa entre el 1 y el 1,5% de la población. El consumo de fármacos antidepresivos y de ansiolíticos se está disparando año tras año. Y lo peor es que está afectando a una generación a la que asociamos con la felicidad,

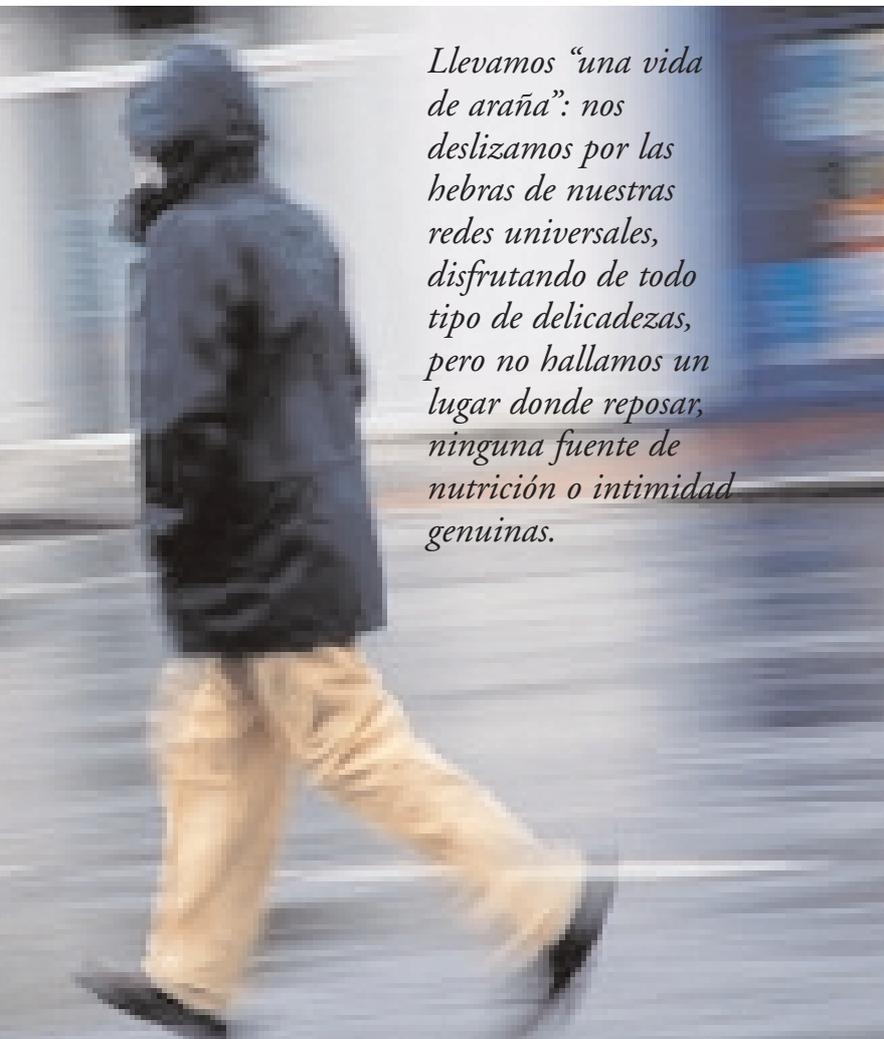
influyente, existe una percepción negativa acerca de su actuación que afecta a la visión general sobre la espiritualidad.

Este cambio cultural no ha afectado sólo a la práctica religiosa sino que pone en cuestión muchos aspectos sociales. España era al inicio de los años 60 del siglo pasado un país de base rural, en donde la

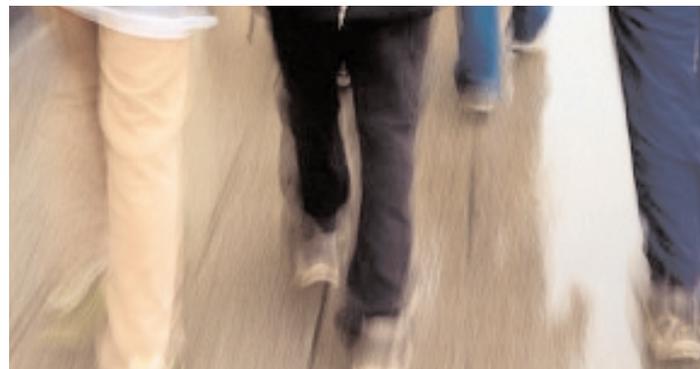
uniones de hecho que existen. Ha entrado en quiebra la institución en la que más dicen confiar los españoles que es la familia.

Nuestra sociedad ha asumido la creencia de que un mundo sin Dios sería un lugar más feliz para vivir, sin concepto de pecado, sin sentido de culpabilidad, sin cielo arriba y mucho menos sin infierno abajo. Pero lo que





Llevamos “una vida de araña”: nos deslizamos por las hebras de nuestras redes universales, disfrutando de todo tipo de delicadezas, pero no hallamos un lugar donde reposar, ninguna fuente de nutrición o intimidad genuinas.



de nutrición o intimidad genuinas. Hoy día el mundo tiene un millón de opciones que explorar, pero ningún conjunto firme de valores que le ayuden a escoger cuál de ellas es la mejor.

El nuevo opio

Lo único que mantiene en pie este montaje teatral es la brillantez y variedad de nuestras opciones de ocio. El ocio es el opio de las masas, que nos aparta del pensamiento reflexivo y el acto radical mediante el poder, la creatividad y la omnipresencia de nuestros medios de comunicación. Cada vez más, nuestra “esperanza”, lo que nos incita a seguir, es la expectativa del próximo episodio de nuestra serie favorita. Y nuestra identidad queda condensada en las marcas de nuestras prendas de vestir. El consumismo, la creencia en que la clave para la identidad y la sensación de encajar en algún sitio radica en la compra y exhibición de cosas materiales, es la religión de nuestro tiempo. Éste es un enemigo formidable.

Es absurdo ese eslogan publicitario que dice: *“La vida ya está llena de bastantes cosas que nos avergüenzan; no dejes que tu móvil sea una de ellas”*. Sin embargo, la realidad es que el móvil “equivocado” puede suponer una tremenda amenaza para la autoestima de un individuo. Tal y como dijo una niña cristiana de 12 años a sus padres: *“Si no me compráis ese móvil, no me compréis ninguno”*. Las marcas son el ídolo de nuestra era. Gobiernan nuestros corazones, pero sin satisfacerlos.

Y la búsqueda sigue...

Es interesante constatar que, aunque la mayoría de personas se han apartado del cristianismo, por lo

que es la infancia. Francisco Palacio, catedrático de psiquiatría en la Universidad de Ginebra, decía que un 5% de los niños en edad preescolar presenta depresión. Josep Xavier Mauri de la Sociedad Catalana de Pediatría avisaba que *“aunque los niños han dejado de tener muchas enfermedades gracias a las vacunas y al desarrollo cultural y sanitario, nos preocupa el creciente aumento de los problemas de carácter psicosocial y de comportamiento”*. En una encuesta entre pediatras sobre expectativas de salud infantil, un 91% cree que las enfermedades que más van a crecer entre la población infantil española son las relacionadas con la salud mental. Tenemos varias generaciones afectadas por la alienación de Dios y de unos con otros.

Tras estas estadísticas subyace el hecho de que hemos perdido nuestro sentido de identidad nacional y propósito, lo cual queda reflejado en la creciente desilusión con la política. A los ojos del público en general, y de

los jóvenes en particular, ninguno de los partidos políticos parece ofrecer ni sentido atractivo de propósito nacional o individual, ni esperanza alguna. Si no existe un ideal importante que nos una, ni propósitos básicos que perseguir, ningún conjunto establecido de valores sobre los que podamos realmente estar de acuerdo, no es de extrañar que las personas se vuelvan más individualistas y egoístas, más centradas en sus derechos y menos en sus obligaciones.

Ciertamente, las nuevas tecnologías han mejorado nuestras comunicaciones (gracias a los automóviles, los jets, el teléfono, los mensajes de texto y la web), pero estamos más fragmentados. Conocemos a más personas, pero tenemos menos amigos. Llevamos “una vida de araña”, como dice el Henley Centre: nos deslizamos por las hebras de nuestras redes universales, disfrutando de todo tipo de delicadezas, pero no hallamos un lugar donde reposar, ninguna fuente

Defender que el cristianismo es el único camino verdadero resulta un reto mayor en una sociedad multicultural con diversidad de credos.

Pero el desafío más grande se centra en los valores individualistas y consumistas de nuestra cultura, impelida por los medios de comunicación.



general no lo han sustituido conscientemente por un conjunto de ideas alternativo que les ofrezca un sentido satisfactorio de identidad y propósito. Muchas personas siguen buscando algún tipo de realidad espiritual, un centro para sus vidas. Detectamos esta tendencia en la experimentación con todo un conjunto de prácticas orientales y Nueva Era, y en el creciente interés por la brujería y lo paranormal. Si vamos a cualquier librería de una calle importante, a la sección “Cuerpo, mente, espíritu” se le ha dedicado más espacio en las estanterías que a la de “Religión”.

Aunque algunos siguen buscando, otros han renunciado a creer que exista algo que valga la pena encontrar. En el año 2001 Eduardo Verdú escribió un ensayo titulado “Adultescents” en el que hablaba de la tendencia entre los adultos a permanecer como niños. No queremos crecer, queremos ser siempre niños, no hay nada delante que nos motive, como aquel personaje de cuento: Peter Pan. Esta profunda sensación de la inutilidad de la búsqueda es cada vez más frecuente.

La oportunidad llama a la puerta

Entonces, ¿por qué es ahora una buena época para compartir el evangelio? Porque vivimos en una cultura que no puede dar respuesta a las preguntas fundamentales sobre el significado y propósito de la vida. Y una cultura que no puede responder a sus propias preguntas es una cultura abierta a una respuesta.

Por supuesto que, en última instancia, sabemos que todos los seres humanos anhelan gozar de una relación restaurada con Dios, de un puente que salve el abismo que ha abierto el pecado. Pero las distintas sociedades, en circunstancias diferentes, plantean preguntas distintas. ¿Podemos responder a las preguntas que ahora nos plantea España?

En esta cultura carente de rumbo, ¿puede tener un propósito importante vivir como cristianos?

En esta cultura cínica, ¿ser cristiano podría ofrecerme una salida para mis energías, mi pasión, mi entusiasmo, mi anhelo de crear un mundo diferente?

En esta cultura de los espejismos, ¿la vida cristiana es real de verdad?

En esta cultura de la alta tecnología, ¿conocer a Jesús satisfaría mi anhelo de tener fe, de captar un atisbo del más allá, el perfume de lo trascendente?

En esta sociedad abrasiva, ¿podrían las comunidades cristianas ser puertos seguros en los que atracaran mi vida rota, mi dolor y mi soledad?

En esta sociedad de oropel, poderosa, de fachada, ¿podría Cristo darme el poder para vivir de una forma distinta?

Imagina una forma de vida que pudiera ofrecer todo esto.

La fuerza de la vida

Sabemos que el cristianismo funciona. Y no sólo porque Cristo es la verdad, sino porque Cristo obra de una forma radicalmente distinta a las religiones. Las religiones esperan que los cambios en la conducta lleven a un cambio en el corazón: funcionan de fuera a dentro. Cristo obra de dentro a fuera: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Co. 5:17). Poseemos una nueva naturaleza y un acceso directo al Espíritu Santo, para que nos ayude a vivir como Cristo nos llama a hacerlo. El evangelio tiene el poder para salvar, transformar y preservar.

Una sola fe

Defender que el cristianismo es el único camino verdadero resulta un reto mayor en una sociedad multicultural con diversidad de credos. Muchos cristianos han perdido la confianza en el evangelio. Puede que seamos capaces de confesar que Jesús es “mi Señor”, pero, ¿realmente creemos que es el

Señor, el único camino al Padre?

En realidad, la evidencia histórica, circunstancial y textual de la vida y resurrección de Cristo es tremendamente firme. El cristianismo no sólo es coherente a nivel intelectual, sino también en su forma de entender la naturaleza amante de Dios, el potencial de tener intimidad con Él, y los beneficios de la salvación en esta vida y en la venidera; no tiene por qué temer que lo comparen con la oferta de ninguna de las principales religiones.

Además, es importante recordar que si bien un imán musulmán no se alguien alegrará de que de su comunidad se convierta al cristianismo, entiende que éste pretenda ser la única verdad. El Corán dice claramente que los musulmanes tienen el deber de buscar la conversión del “infiel”, y también habla sobre las consecuencias eternas de no reconocer a Mahoma como el último profeta de Alá.

No obstante, el sistema humanista liberal se apresta a la defensa de los musulmanes, como si una iglesia cristiana que busque más abiertamente las conversiones supusiera una amenaza a la armonía social, al orden público y a la paz mundial. Su aparente altruismo esconde la verdad de que lo que está amenazado es su creencia de que no existe ninguna verdad absoluta, un credo que tacha a todos los que afirman conocer “la verdad” de arrogantes e intolerantes.

Es esencial comprender esto. Obviamente, los cristianos deberían intentar llegar a personas de otros credos, pero el desafío más grande en España no viene de las otras religiones, sino de los valores individualistas y consumistas de nuestra cultura, impelida por los medios de comunicación y el ateísmo de facto que subyace en ella.

Sin embargo, si el camino de Cristo es tan superior, ¿por qué no hemos tenido éxito a la hora de comunicarlo con mayor persuasión?

El propósito no es criticar a la iglesia, sino explorar los problemas que han inhibido su actuación.



El estado de la iglesia

No es difícil criticar a la iglesia en España. De hecho es tan fácil que casi todo el mundo lo hace. Sin embargo, nuestro propósito aquí no es analizar todas las críticas que se pueden hacer contra la iglesia, sino intentar explorar los principales problemas que existen para transmitir el mensaje de Cristo en nuestro país. Hay tres aspectos que vamos a analizar con mayor detalle.

- 1) Lo que ha impedido que la iglesia llegue con eficacia al mundo, no son los valores del mundo, sino los de la iglesia.
- 2) El problema con la cultura evangélica no es que sea incomprendible para los que están fuera de su comunidad, sino que no es una expresión auténtica de los que forman parte de ella.
- 3) El principal problema evangelístico al que se enfrenta la iglesia no es la resistencia de quienes no quieren escuchar las buenas noticias sobre Jesús, sino nuestra falta de motivación e imaginación para comunicar su mensaje.

La eficacia de la iglesia

Primero, es importante recordar que no todas las iglesias están en crisis. La asistencia a la iglesia está creciendo en muchas comunidades.

Segundo, la iglesia evangélica tiene influencia en nuestro país. Porque ¿quién ha contribuido más que los evangélicos a la rehabilitación de drogadictos en nuestro país?, o ¿qué iglesia se ha identificado más con el pueblo gitano que las iglesias de Filadelfia?, y ¿dónde se recibe mejor a los inmigrantes que en las congregaciones evangélicas?

El problema es que para la mayor parte de la gente este trabajo se considera que está limitado a grupos marginales de nuestra sociedad. Sin embargo nadie puede negar que estamos ayudando realmente a estos grupos desfavorecidos. Y esto es algo que los gobiernos centrales y locales deben apreciar más. Si como dice la canción, “lo único que necesitas es amor”, entonces en algunos sitios al menos, el amor abunda.

¿Somos realmente así?

A pesar de todo esto, los españoles tienen muy poco interés en los evangélicos, a quienes identifican con telepredicadores y todo tipo de sectas, que no quieren más que tu dinero o comerte el coco, como se suele decir.



Si la iglesia no logra satisfacer las necesidades de sus propios miembros, mucho menos de los que están a su alrededor.

Sería aconsejable, por lo tanto, que las iglesias prestaran más atención a la imagen que damos en los medios de comunicación, pero no debemos olvidar que España no será ganada para Cristo por medio de grandes campañas publicitarias, ni mediante una mayor presencia en los medios de comunicación, por muy deseables que sean todas estas cosas. Ya que a largo plazo lo que importa es el contenido, no la imagen.

Las relaciones influyen más que los programas de la televisión. Igual que en la publicidad "un cliente satisfecho" vale más que cualquier *eslogan* ocurrente.

No nos engañemos, no hay mejor anuncio que la información que va de boca en boca. En ese sentido muchos "clientes" actuales de la iglesia distan de estar satisfechos.

¡No disparéis, somos de los vuestros!

A la iglesia en nuestro país la critican pastores y miembros. Piensan que no funciona bien. Algunos dicen que no hablamos de temas sociales y económicos, aunque algunos parece que no saben hablar de otra cosa. Se critica a la iglesia por falta de influencia en el gobierno, los medios de comunicación, o la enseñanza, aunque estamos intentando hacerlo de muchas formas. Aunque es cierto que la voz de la iglesia rara vez se oye en público de un modo fuerte y claro.

Muchos critican no sólo a los representantes de las iglesias, sino también a las congregaciones locales. Se les critica por no saber llegar a los niños, a los adolescentes, a los solteros, a los casados, a la gente de mediana edad... prácticamente a todo el mundo, menos a los que son de la tercera edad. Se la critica por no ayudar a las necesidades de las mujeres trabajadoras, por no lograr atraer a los hombres, por no ofrecer una comunidad donde se acepte a los homosexuales, y por su desconexión del mundo artístico. Se critican las estructuras de la iglesia por ser inflexibles y demasiado jerárquicas. Se critica la predicación por su falta de relación con la vida cotidiana. Se dice que los cultos de adoración en muchas iglesias no sólo no resultan atractivos para quienes vienen de fuera de la iglesia, sino que también son tremendamente aburridos para sus propios miembros.

Estas críticas reflejan una profunda crisis, ya que no vienen sólo de los que siempre se quejan o de aquellos que

esperan que cantemos himnos a ritmo de hip-hop; sino que vienen de personas comprometidas. A menudo de hecho estos comentarios vienen de miembros comprometidos con iglesias grandes, que están creciendo y se considera que tienen éxito. En resumen, cada vez preocupa más que la iglesia no logre satisfacer las necesidades legítimas de sus miembros, no digamos ya su capacidad de alcanzar a aquellos que están alrededor de ella o más allá de sus fronteras.

Por supuesto, los cristianos no son llamados a predicar la iglesia, sino a Cristo y su evangelio. No obstante, el estado de la iglesia institucional y las comunidades eclesiales individuales a menudo actúa como un imán o como un elemento disuasorio contra el evangelio.

Además, la iglesia, como comunidad de creyentes, debería jugar un papel crucial para dotar de visión, recursos y respaldo a los cristianos, para que vivan la vida que Dios quiere, y esto incluye compartir el amor de Cristo con los demás.

Tres preguntas

- 1) ¿Te ayuda tu iglesia a vivir activamente en el mundo contemporáneo?
- 2) ¿Es tu iglesia eficaz preparando a las personas para su papel en la misión?
- 3) ¿Es tu iglesia una comunidad atractiva para aquellos que aún no conocen a Jesús?

Por supuesto, existen algunas buenas iglesias que atraen a personas inconversas y son eficientes a la hora de equipar a sus miembros para la misión, pero en términos generales la mayoría de personas respondería a estas preguntas con un *No*.

Así que, ¿cuáles son las causas que subyacen y que son verdaderamente cruciales para entender la INEFICAZ actuación de la iglesia para con sus miembros, y su falta de impacto a un nivel más general? Examinemos primero el tema de la cultura eclesial.

¿Por qué tanto de lo que hacemos en la iglesia resulta extraño y desalentador, para los que vienen de fuera?



Muchos de los "clientes" actuales de la iglesia distan mucho de estar satisfechos.



El camino hacia la intrascendencia (1)

El bloque cultural

La mayoría de cristianos conectan bien con su cultura: viven en ella. Se despiertan por la mañana, escuchan la radio, leen los periódicos, van al trabajo, reciben órdenes, se forman, se sienten motivados, participan en la sociedad de consumo, les gusta el fútbol, miran la televisión... La iglesia está en el mundo un día sí y otro también.

Y es aquí donde observamos algo curioso: ¿por qué la mayoría de las cosas que hacemos en la iglesia resultan extrañas, irrelevantes e incluso anacrónicas a nuestros amigos y familiares no creyentes cuando nos visitan si durante toda la semana parecemos tener tantas cosas en común con ellos?

Quizá el motivo sea que hemos creado una comunidad en la que el modo de hacer las cosas no refleja la cultura de la mayoría de los miembros de la iglesia. No encontramos formas de expresarnos. Por lo general, no cantamos himnos con una música que guste a la mayoría. No usamos el lenguaje que usa la mayoría. No abordamos los temas que interesan a las personas que nos rodean. No damos oportunidad para que formulen aquellas preguntas que les preocupan. No creamos formas de relacionarnos y de aprender que encajen con el estilo propio de la cultura contemporánea.

Sin embargo el principal problema con nuestra cultura eclesial no es sólo que resulte poco atractiva para las personas que no conocen a Jesús. El verdadero problema es que a menudo no es una auténtica expresión de la cultura de los miembros de la iglesia, ni tan siquiera es "nuestra" cultura. En muchas ocasiones es una cultura eclesial heredada de otras épocas, con otras costumbres y con otras preocupaciones.

Por supuesto, la cultura cristiana debería ser, de raíz, una contracultura. La cultura cristiana no tiene que imitar la cultura de ninguna sociedad concreta. Debe haber cosas en nuestra cultura eclesial que a los no creyentes les parezcan extrañas.

Pero esos elementos distintivos deberían ser aquellas cuestiones que hunden sus raíces en la persona y en la obra de Jesucristo, no en la falsa creencia de que en el siglo XVIII las melodías y las formas de expresión estuvieran necesariamente más cercanas a la santidad.

Esto no significa que no podamos cantar los himnos antiguos, que no puedan usarse formas litúrgicas de épocas anteriores. Tales himnos y formas pueden expresar el deseo del creyente por mantener la continuidad eterna del mensaje, o fomentar un sentido de lo trascendente en nuestros cultos.

Sin embargo, cada generación no sólo necesita transmitir lo mejor del pasado, sino también conectar con el presente y permitir que existan nuevos cánticos, nuevas formas de aprender, nuevas maneras de relacionarse y de tomar decisiones.

Además, nuestra cultura eclesial en ocasiones ha presentado una visión muy limitada de lo que significa "ser" humano, y a menudo se ve a la iglesia como una institución carente de espontaneidad, de libertad de expresión, de alegría y que percibe el disfrute del mundo material como algo negativo, dando la impresión de que Dios es un "aguafiestas".

Sin embargo, Cristo vino a darnos vida "en abundancia", y el llamamiento de cada cristiano radica en explorar, y ayudar a otros a explorar, las imaginativas posibilidades de esa vida abundante en Cristo. Como dice José Grau: "En la Revelación que Dios ha hecho de sí

mismo -no en la deformación que nosotros hemos llevado a cabo de su carácter y de su mensaje- da a conocer su preocupación por la felicidad del ser humano en todas las esferas de la existencia" (Goza de la vida, pág. 9).

El Espíritu transformador de Cristo no sólo debe afectar a todo lo que hacemos, sino a todo nuestro ser: mente, cuerpo, emociones, voluntad, espíritu... como la levadura afecta a toda la masa. El cristianismo integral se regocija en los sentidos: en la fragancia de una rosa, en el deporte y el baile, en la expresión humana por medio del arte.

El cristianismo integral, que afecta a toda la vida, es honesto, abierto, vulnerable. No censura la agonía de las relaciones rotas, la angustia por las preguntas no respondidas, los esfuerzos del trabajo, el drama de la muerte, el impacto del mal sobre nosotros y sobre quienes nos rodean. En resumen, el cristianismo integral y vital abarca las maravillas y los dolores de la humanidad en toda su plenitud, en un mundo que es de Dios.

Tal y como lo expresa Brian Draper, del London Institute for Contemporary Christianity: "Necesitamos ser más cristianos en el mundo y más humanos en la iglesia".

Con demasiada frecuencia la cultura de la iglesia intenta negar la vida, no afirmarla. Nuestra generación necesita escuchar el mensaje de Cristo, ver el poder de Cristo manifestándose en la autenticidad de las vidas de las personas. Si creamos una cultura eclesial que sea relevante y enriquecedora para los creyentes, crearemos también una cultura que será mucho más importante para otras muchas personas que todavía no conocen a Cristo. Además, daremos al pueblo cristiano el gozo y la confianza basados en la certeza de que Cristo marca la diferencia.

"Necesitamos ser más humanos"

Con demasiada frecuencia la cultura de la iglesia intenta negar la vida, no afirmarla. España necesita escuchar el mensaje de Cristo, ver el poder de Cristo manifestándose en la autenticidad de las vidas de las personas.

El camino hacia la intrascendencia (2)

La gran división

Los análisis tradicionales sobre por qué la iglesia no ha logrado impactar en la esfera pública se han centrado principalmente en toda una gama de factores externos: ideológicos, tecnológicos y económicos. Se dice que todos estos factores se combinaron durante la segunda mitad del siglo XX para relegar la fe (todos los credos) a la esfera privada. Las creencias religiosas quedaban así reducidas a una cuestión propia de la reflexión personal, privada. La fe se ha guardado en un cajón. No tiene razón de ser en el entorno público, ya sea laboral, educativo o político. La fe ha dejado de ser el principio central y organizador que afectaba a toda la vida, a todas las decisiones y a todos los aspectos importantes de nuestra existencia.

El problema de culpar a los factores sociales por la decadencia del cristianismo es que esta argumentación asume que la doctrina y el estilo de vida cristianos no tiene poder alguno para resistirse a su influjo. En otras palabras, echamos la culpa al mundo por la pérdida de influencia de los valores cristianos, sin plantearnos quizás hasta qué punto la responsabilidad es nuestra. No podemos culpar a la carne por pudrirse: eso es algo propio de la carne. Debemos culpar a la sal, por no estar allí preservándola.

La privatización del cristianismo

El principal motivo por el que el cristianismo evangélico ha tenido un impacto tan leve en la esfera pública no es que el mundo haya privatizado el evangelio: hemos sido nosotros quienes lo hemos hecho.

Investigaciones y encuestas

realizadas en iglesias evangélicas de diferentes sociedades de cultura occidental revelan que un 47% de las personas que asisten a la iglesia dice que la enseñanza que recibe en ella es irrelevante para sus vidas cotidianas. Cuando sondeamos más profundamente en qué áreas es útil la enseñanza de la iglesia, descubrimos que, lo es menos en aquellos entornos en los que pasamos la mayor parte del día: en el trabajo y en el hogar.

Porcentaje de utilidad según las áreas de la vida (sobre una escala del 0 al 4, de menos a más)

Personal	2'57
Iglesia	2'12
Hogar	1'83
Trabajo/escuela	1'68

Es importante destacar que pocas personas dijeron que el problema con la predicación y la enseñanza fuera el predicador, sus habilidades comunicativas o, incluso, la incapacidad de los oyentes para concentrarse y mantener la atención en la predicación (aunque esto sigue siendo motivo de preocupación). El meollo de la cuestión era la relativa importancia, para las vidas de los oyentes, de los temas tratados. El problema no está, principalmente, en la forma, sino en el contenido.

En general, las personas que van a la iglesia no lo hacen para que las entretengan, sino que buscan sabiduría para sus vidas cotidianas. Quieren saber cómo vivir el cristianismo, y, sin embargo, su queja es que no reciben esos contenidos, no reciben orientación bíblica para todos los ámbitos de su vida.

Esto no sólo es preocupante a nivel interno, sino que constituye una tragedia para la evangelización, porque en nuestra sociedad



La división sagrado-secular, que separa nuestras vidas cotidianas de la eclesial, nos ha llevado a teologías incorrectas sobre la iglesia y su misión evangelizadora.



occidental hay millones de personas que tienen sed de una sabiduría práctica que les ayude a vivir. Libros como “Más Platón y menos Prozac” o “Pregúntale a Platón” del filósofo Louis Marinoff, convertidos en éxitos de ventas así lo manifiestan.

Puede que no estén directamente interesados en el evangelio, pero muchos lo están en la orientación para elegir una carrera, para elegir a su pareja, para tener un matrimonio más feliz y educar bien a sus hijos, para administrar sus bienes correctamente,...

Esta incapacidad para transmitir orientación bíblica para la vida cotidiana es aplicable a algunas iglesias donde la enseñanza es excelente. No son pocos los miembros de congregaciones locales que reconocen que “la enseñanza que en ellas se imparte es magnífica, pero que resulta tremendamente difícil de aplicar a sus vidas por la falta de contextualización a su realidad cotidiana”.

La investigación demuestra que este fracaso a la hora de establecer vínculos entre la Palabra de Dios y nuestra realidad contemporánea se manifiesta en todas las denominaciones.

La irrelevancia privada

Al mismo tiempo observamos que junto a los contenidos poco relevantes que ofrece la enseñanza eclesial para la vida cotidiana existe también una reducción importante de la vida devocional del creyente: la oración personal y la lectura cotidiana de la Biblia ha descendido notablemente. Quizá esto no deba extrañarnos. Después de todo, si el pastor, preparado para ello, no puede enseñarme cómo un texto bíblico, del

siglo VIII a.C., puede aplicarse a mi vida del siglo XXI d.C., ¿qué puedo hacer yo?

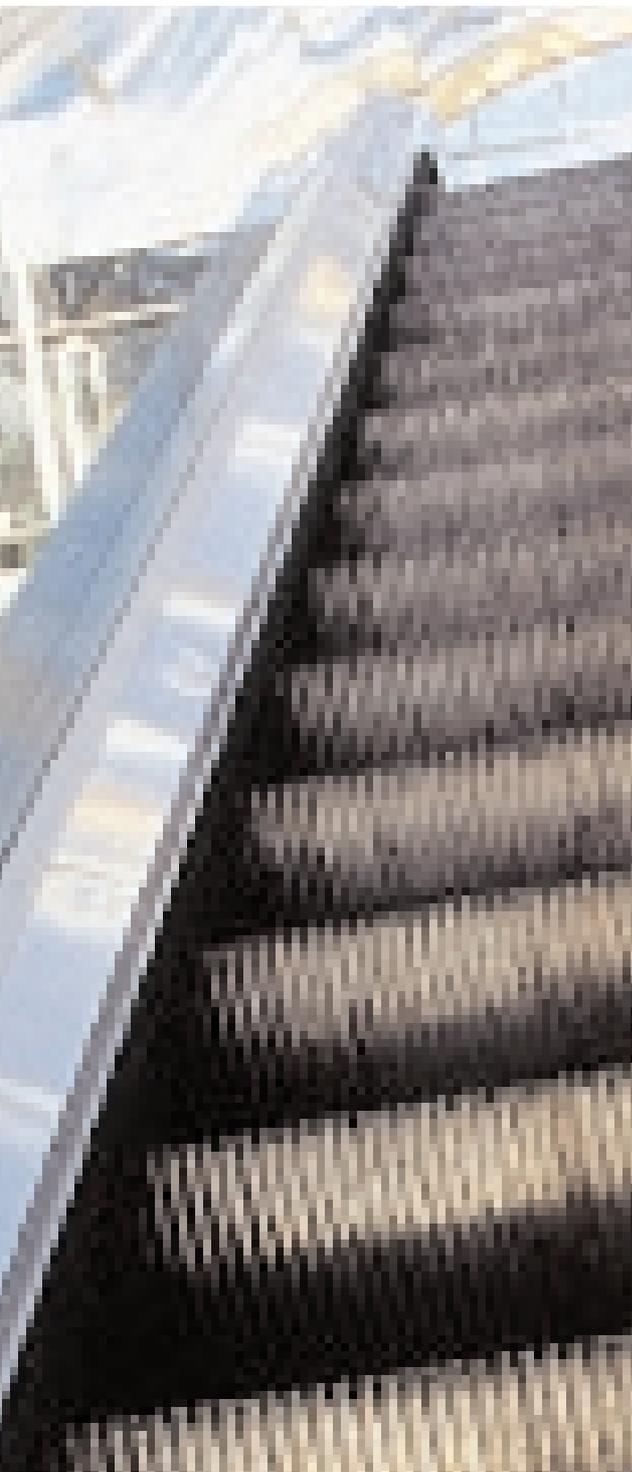
En resumen, que los cristianos pasan cada vez menos tiempo dedicados a una reflexión centrada en Dios, y menos aún con personas que comparten sus puntos de vista y sus preocupaciones.

Es cierto que la oración, la reflexión bíblica y las reuniones comunitarias con el pueblo de Dios no son las únicas formas de preservar la comunión con Dios, pero tampoco podemos anularlos o limitar su valor por considerarlos “métodos tradicionales”, no podemos olvidar que son bíblicos, que son los “medios de la gracia” dados por el Señor para crecer en la gracia y en el conocimiento, para madurar en nuestra vida espiritual y para desarrollar nuestra vida cristiana.

La gente suele decir que es cuestión de tiempo, no tenemos tiempo para orar, no tenemos tiempo para meditar la Palabra de Dios, no tenemos tiempo para asistir a los cultos de oración o a los de estudio bíblico, y es cierto, cada vez somos más los que trabajamos fuera de casa, más horas y perdiendo más tiempo en los desplazamientos. Pero aún así tenemos tiempo.

Además la lectura bíblica tampoco ha decaído porque ahora la gente lee menos. Las personas que suelen leer, sobre todo las de clase media, siguen leyendo bastante. Y prueba de ello son las listas de libros más vendidos y el importante y creciente número de libros editados anualmente. Pero eso sí, leen cosas que para ellas son importantes, temas que les preocupan y les interesan.

Por ello, podemos deducir que, la lectura de la Biblia se ha reducido



Dos preguntas que nos ayudarán a darnos cuenta del problema:

1. ¿Soy consciente de la importancia que tiene mi fe cristiana para mi vida cotidiana?
2. ¿Busco la voluntad, la sabiduría y la dirección de Dios en mi vida cotidiana?

porque no estamos convencidos de que Dios tenga algo esencial, fundamental y sabio que decirnos sobre cómo vivir en este mundo. Y la oración ha entrado en decadencia porque no estamos convencidos de que su práctica supondrá cambios y diferencias importantes en nuestras vidas cotidianas. Somos más autosuficientes que dependientes de nuestro Señor, confiamos más en nuestras posibilidades que en Dios.

No seremos cada día más útiles para Dios a menos que le prestemos más atención. Y no se la prestaremos a menos que estemos convencidos de que escucharle, es decir, meditar en su Palabra y buscar la dirección de su Espíritu en oración, es el fundamento de nuestra vida cristiana y supone una diferencia esencial a la hora de enfrentar la vida diaria.

A modo de ejemplo podemos formularnos dos preguntas que nos ayudarán a darnos cuenta del problema:

- 1) ¿Soy consciente de la importancia que tiene mi fe cristiana para mi vida cotidiana?
- 2) ¿Busco la voluntad, la sabiduría y la dirección de Dios en mi vida cotidiana?

Para muchos cristianos, es probable que la respuesta sea “No”. Podemos estar convencidos de que Cristo supone una diferencia para nuestro destino eterno, pero, ¿la supone también para nosotros, en nuestras decisiones del día a día?

Así que, incluso antes de centrarnos en la cuestión de si la iglesia está formando adecuadamente a los cristianos para compartir el evangelio, nos encontramos de entrada con la realidad de que muchos de ellos no son conscientes de la tremenda importancia que debería tener su fe para sus vidas cristianas “ordinarias”. ¿Por qué sucede esto?

La gran división

No se trata, ni mucho menos, de que nuestros pastores no se preocupen por nosotros, ni de que sean incompetentes. El motivo central es el impacto que tiene el dualismo sagrado-secular en prácticamente todos los aspectos de nuestra vida

eclesial.

Esta división entre lo sagrado y lo secular incluye la tan arraigada creencia de que algunas facetas de la vida no son realmente importantes para Dios (el trabajo, la escuela, el arte, la cultura, la televisión y demás medios de comunicación); pensamos que a Él lo que le interesa es lo que tiene que ver con la oración, los cultos en la iglesia y las actividades propias de ella.

Es precisamente por este abismo entre lo secular y lo sagrado por lo que la inmensa mayoría de cristianos (de cualquier denominación) siente que la enseñanza bíblica, la oración, la adoración, los aspectos pastorales o comunitarios de la vida eclesial no les proporcionan un respaldo significativo para su trabajo. El cisma entre lo sagrado y lo secular es responsable de que más del 50% de ellos nunca haya escuchado un sermón sobre el trabajo, que es un área en la que pasarán en torno al 65% de sus vidas durante unos 40 años. Son muchísimas las citas como ésta: “Doy clase en la escuela dominical 45 minutos semanales, y me hacen salir delante de la congregación para que oren por mí. Doy clase en la escuela 40 horas semanales y nadie ora por mí”.

Éste es el dualismo entre lo sagrado y lo secular en que hemos convertido la vida del creyente: orar por un sector de la vida de un cristiano pero no por el otro; creer que enseñar en la escuela dominical tres cuartos de hora a la semana es más importante para Dios que enseñar en un colegio 40 horas semanales.

Es debido a esta división de nuestra vida entre lo sagrado y lo secular por lo que muchos líderes cristianos han hecho numerosos comentarios sobre las novelas de Harry Potter, pero ignoran casi por completo la literatura seleccionada para el currículum educativo nacional. El principal motivo por el que la iglesia ha hablado tanto sobre los libros de Harry Potter es porque la acción tiene lugar en una escuela para brujos y brujas; ese entorno suscita cuestiones sobre el reino “espiritual” de lo oculto, un reino sobre el que, con razón, la iglesia piensa que tiene algo que decir.

La división entre sagrado y secular ha dado como resultado un cristianismo de tiempo libre, no un cristianismo de 24 horas al día y 7 días a la semana. Los domingos son para Dios, y cada vez más sólo los domingos por la mañana, y de lunes a sábado son para el mundo.

Mientras tanto, gracias al currículum nacional, los alumnos leen todo tipo de literatura, en ocasiones excelente, como *Esperando a Godot*, de Samuel Becket, o *Hijos y amantes*, de D. H. Lawrence, por ejemplo. Y no se limitan a leer estas obras, sino que las estudian a fondo, aprendiendo citas y escribiendo ensayos sobre ellas. Y eso está bien... Pero, los niños y adolescentes de la iglesia de nuestros tiempos, ¿reciben la ayuda necesaria para analizarlas desde un punto de vista bíblico y para responder al ateísmo de Becket o al paradigma de Lawrence sobre el amor libre? ¿Se les forma para que respondan, Biblia en mano, a cualquier otro aspecto de su currículum?

Hasta la fecha, tras numerosas investigaciones, no hemos sido capaces de identificar un solo recurso para quienes trabajan con jóvenes, que contribuya a que éstos piensen usando criterios bíblicos sobre los estudios recibidos en el centro docente. El resultado es que, por defecto, nuestros niños aprenden desde pequeños que las clases escolares entre las 9 de la mañana y las 5 de la tarde no son importantes para Dios. Tenemos un cristianismo de tiempo libre.

El cristianismo de tiempo libre

Este estado de cosas se prolonga hasta la vida universitaria. La queja de la gran mayoría de entidades que trabajan con jóvenes universitarios puede resumirse en lo dicho por Norman Fraser, que ocupó un cargo directivo en Universities and Colleges Christian Fellowship (equivalente a los GBU en España), el ministerio para estudiantes universitarios más grande del Reino Unido: *“Prácticamente les puedo garantizar*

que podrían entrar en cualquier Grupo Bíblico Universitario de Gran Bretaña y no encontrarían un solo estudiante que pudiera ofrecerles una perspectiva bíblica sobre el tema que está estudiando en ese momento”.

Esta es una de las consecuencias del dualismo sagrado-secular: no esperamos que los cristianos piensen de forma cristiana sobre lo que hacen en el mundo.

La división entre sagrado y secular ha dado como resultado un cristianismo de tiempo libre, no un cristianismo de 24 horas al día y 7 días a la semana. Los domingos son para Dios, y cada vez más sólo los domingos por la mañana, y de lunes a sábado son para el mundo.

Así es como el abismo entre lo sagrado y lo secular lleva a muchos a creer que las personas que realmente quieren servir al Señor se hacen misioneros o pastores y aquellas que para Dios no son muy útiles consiguen un puesto de trabajo. ¡Valiente absurdo!

Dios es el Dios de toda la vida

Cristo quiere gobernar toda nuestra vida: en el trabajo y en el hogar. Si queremos ver nuestro país ganado para Cristo, debemos erradicar de nuestro pensamiento y de toda nuestra vida la división entre lo sagrado y lo secular. Después de todo, la mayoría de nuestras interacciones con el 90% de las personas que no conocen a Jesús tienen lugar en la zona “secular” de la gran división, aquel entorno por el que raras veces oramos nosotros o nuestras comunidades, aquel que no solemos considerar esencial para Dios.

La división sagrado-secular, que separa nuestras vidas cotidianas de la

eclesial, nos ha llevado a teologías incorrectas sobre la iglesia y su misión evangelizadora.

Sin embargo, si queremos ser bíblicos debemos enseñar y proclamar toda la doctrina bíblica de la Creación, la cual incluye una gran pluralidad de realidades que no podemos eludir: el cuerpo, el deporte, el sexo, la cultura, el trabajo, la técnica, etc., por que Cristo es el Señor de la Creación, y no sólo de la Iglesia.

Por tanto, se impone una comprensión clara de la enseñanza bíblica sobre la Creación. Y así descubriremos que el orden de la Creación y su mandato cultural no queda destruido por el orden de la Salvación; por el contrario, es asumido y redimido por este último.

Una visión equivocada de la iglesia

En Mateo 5, Jesús ofrece a los discípulos dos ejemplos para describir al pueblo de Dios, la iglesia: la luz sobre una montaña y la sal.

En primer lugar, aquí, la luz es una imagen de la iglesia reunida. ¿Qué aspecto tiene la comunidad de Cristo para el mundo que la observa? Si nos amamos unos a otros, dice Juan, todo el mundo sabrá que somos los discípulos de Jesús. Unas relaciones presididas por el amor entre los cristianos son testimonio al mundo del poder transformador de Aquel al que seguimos.

En segundo lugar, Jesús compara al pueblo de Dios con la sal derramada por el mundo. Éste es un llamamiento a los cristianos individuales para que pongan por obra su fidelidad a Dios en el mundo. Pero, ¿acaso el cristiano individual deja de ser miembro de la iglesia

La misión del pastor es preparar a los miembros de su iglesia para el ministerio

cuando sale al mundo? Según la Biblia no es así.

Sin embargo, en su vida diaria el cristiano promedio no siente que vaya a trabajar como representante individual del cuerpo de Cristo, respaldado en oración y comunión por otros cristianos. No, el cristiano medio cree que va a trabajar solo.

Otra de las consecuencias que ha ocasionado este dualismo entre lo sagrado y lo secular ha sido entender que "la iglesia reunida" es más importante para la misión que "la sal derramada". En realidad, la inmensa mayoría de iniciativas evangelísticas de la iglesia consisten en hacer que los no creyentes entren en un ámbito doméstico o eclesial para escuchar a un pastor, o a un evangelista, en lugar de conseguir que el inconverso entre en relación con Cristo por medio de sus relaciones con los creyentes en sus ámbitos seculares (trabajo, escuela, universidad, familia, etc.). Invertimos una enorme cantidad de energía intentando imaginar cómo hacer de la iglesia un lugar donde la gente quiera venir, y poca imaginando cómo formar a los cristianos para que aprovechen al máximo los lugares a los que van cada día.

Una visión distorsionada del papel del pastor

El cisma sagrado-secular también se manifiesta en una comprensión equivocada del papel del pastor. En Efesios 4:11-12, Pablo escribe: *"Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, pastores y maestros; a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo"*.

La misión del pastor es preparar a

los miembros de su iglesia para el ministerio, que es probable que abarque contextos situados en un radio de varios kilómetros en torno a la iglesia local. Por tanto, deberíamos pensar más en dónde están los miembros de la iglesia a las 11 de la mañana del lunes que en dónde están a las 11 de la mañana del domingo, así obtendríamos una imagen mucho más clara de su potencial para la misión. La pregunta no es "¿Cómo puedo usar a esta persona en la iglesia local?", sino "¿Cómo quiere Dios formar y emplear a esta persona en todos los ámbitos de su vida?"

Lamentablemente, hay pocos pastores que entiendan su papel de esta forma; si así no fuera, habrían estado formando a los suyos para que fueran eficaces en la escuela y en el lugar de trabajo. Por consiguiente, la separación entre lo sagrado y lo secular ha afectado profundamente a quién evangelizamos, en qué contextos y de qué manera.

La cuestión clave es formar e instruir a los cristianos para el lugar en el que pasan la mayor parte de su tiempo; para el lugar en el que tienen la gran mayoría de sus relaciones personales.



El gran recurso

Las parábolas de la sal y luz, la semilla de mostaza y la levadura

Toda generación tiende a centrarse en metáforas específicas para definir la vida cristiana. Durante el siglo XX se hizo mucho hincapié en la imagen de la “sal y luz” de Mateo 5. Se consideraba la sal como un agente de preservación, que detenía la corrupción y añadía sabor a los alimentos. La gente entendía la luz como algo que simbolizaba un camino distinto, y que ponía en evidencia el mal. Pero en Mateo 13 hallamos otro par de parábolas: la semilla de mostaza y la levadura.

La parábola de la semilla de mostaza nos enseña que las cosas pequeñas pueden marcar una gran diferencia a la larga. Al principio el Reino de Dios parece insignificante. Recibido solamente por un pequeño grupo de discípulos, hombres vulgares sin ninguna influencia social. Sin embargo, a pesar de la insignificancia de sus orígenes, como una semilla de mostaza, al final el Reino será un gran árbol, convirtiéndose en ámbito de influencia para el mundo.

Con esta parábola, Jesús contrapone el inicio imperceptible - aunque ya presente - del Reino y el esplendor futuro impresionante. Sin embargo se resalta, más que el gran árbol escatológico, el grano de mostaza; el acento se localiza precisamente en el estadio inicial, cuya sorprendente insignificancia no haría sospechar tan apoteósico final.

Lo que Jesús trata de enseñar a sus contemporáneos no es que el Reino escatológico de Dios será grandioso, sino que ese final no exige necesariamente un comienzo igualmente espectacular. Y como prueba de ello, Jesús muestra que en su propia vida, por menospreciable que pareciese a muchos (entre los que se contaban sus propios familiares), irrumpe ya de modo inesperado el Reino (Lc. 17:21).

La parábola de la levadura añade otra dimensión esencial a este asunto: *“El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y la escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado”*. La levadura no sólo afecta a toda la masa, sino que la transforma en algo mucho más sabroso y satisfactorio: el pan. Sólo hacen falta 10 gramos de levadura para convertir en pan un kilo de harina. Lo que cuenta no es la cantidad, sino sus efectos. La levadura en tres medidas de harina es algo casi imperceptible. No obstante, ¡qué resultados! Su acción penetrante es

transformadora y al final se evidenciará cómo todo y todos habrán sido afectados por el Reino.

El énfasis de estas dos parábolas recae en el poder inherente, en esta presencia actual, discreta, humilde, aunque tremendamente eficaz del Reino de Dios en el mundo.

El teólogo holandés Hermann Ridderbbs escribe al respecto: *“Habiendo entrado el Reino de Dios en el mundo, hemos de confesar que este mundo se halla lleno del poder redentor de Dios.”*

Como súbdito del Reino de Dios, el cristiano debe ser un agente transformador de este mundo. No estamos aquí solamente para denunciar la corrupción, añadir sabor y señalar el pecado; tampoco debemos limitarnos a mostrar un camino diferente. Estamos en el mundo para transformar radicalmente la sociedad en la que Dios nos ha puesto, porque hablar del Reino de Dios es hablar del propósito redentor de Dios para toda la creación y de la vocación histórica que tiene la iglesia respecto a ese propósito aquí y ahora, “entre los tiempos.”

El énfasis central del Nuevo Testamento es que Jesús ha venido a cumplir las profecías del Antiguo Testamento y que en su persona y obra el Reino de Dios se ha hecho una realidad presente (Mat. 11:2 y ss; Lc. 7:18 y ss.).

Ya que el Reino ha sido inaugurado por Jesucristo, no es posible entender correctamente la misión de la iglesia aparte de la presencia del Reino. La misión de la iglesia es una extensión de la misión de Jesús. Es la manifestación, aunque no completa, del Reino de Dios tanto por medio de la proclamación como por medio de la acción y el servicio social.

Imagínatelo. ¿Es así como te sientes? ¿Es en esto en lo que te está ayudando a convertirte tu iglesia local?

Sin embargo, el cisma sagrado-secular nos ha llevado a una situación en la que la mayor parte de las actividades evangelísticas se han centrado en los lugares en los que pasamos menos tiempo y donde tenemos menos relaciones. Durante demasiado tiempo hemos permitido que la localización geográfica de la iglesia y el trabajo de ministerios “especializados” en la evangelización determinasen los límites de nuestra actividad evangelística, olvidando la distribución del pueblo de Dios y su enorme



potencial.

Congresos de Evangelización, ¿reflexiones y conclusiones olvidadas?

La segunda mitad del siglo XX ha sido muy fructífera en la reflexión nacional e internacional sobre la responsabilidad evangelística de la Iglesia. En el otoño de 1966, destacados líderes evangélicos de los más diversos países colaboraron en la celebración del Congreso Mundial sobre Evangelización que, bajo el lema *Una Raza, un Evangelio, una Tarea*, tuvo lugar en Berlín. Este congreso, insuficientemente valorado en nuestros días pese a la gran riqueza de su contenido, marcó el principio de un despertar de la conciencia evangélica al deber impuesto al pueblo cristiano por la gran comisión.

Posteriormente, en julio de 1974, el lema *Oiga la Tierra su Voz* presidió el Congreso Internacional sobre Evangelización Mundial en Lausana. Y en el intervalo entre los dos congresos mencionados se celebraron otros de ámbito más limitado; unos a nivel continental como el Congreso Europeo de Evangelización que, en 1971, tuvo lugar en Amsterdam, otros a nivel nacional o regional, como el Congreso Ibérico sobre Evangelización (CISE) el año 1974 en Madrid, y muchos más en otras partes del mundo. Finalmente en julio de 1989 se celebró, bajo los auspicios del movimiento de Lausana, el Congreso Internacional de Manila, al que asistieron 3000 participantes de 170 países.

Mencionamos este breve apunte histórico porque, en relación con el tema que estamos tratando, las conclusiones de todos ellos, nos recuerdan que la tarea evangelística de la iglesia para alcanzar un país, nunca será lo suficientemente eficaz hasta que el laicado emplee todas las oportunidades de evangelizar que le proporcionan cada día sus diversas ocupaciones, trabajos y profesiones.

A modo de ejemplo citamos las afirmaciones 12 y 14 que se realizaron en el Congreso Internacional de Manila y que quedaron registradas en la primera parte del llamado *Manifiesto de Manila*:

12. Afirmamos que Dios ha encomendado a toda la iglesia y a cada uno de sus miembros la tarea de dar a conocer a Cristo en todo el mundo; nuestro anhelo es que todos, sean laicos o ministros, sean movilizados y capacitados para esta tarea.

14. Afirmamos que los dones del Espíritu son

repartidos a todo el pueblo de Dios, tanto a las mujeres como a los hombres, y que se debe promover la participación de todos en la evangelización para el bien común.

También nos recuerda dicho *Manifiesto* que: *“El testimonio de los laicos, hombres y mujeres, tiene lugar no sólo a través de la iglesia local, sino a través de amistades, en el hogar o trabajo son llamados a participar en la obra de testificar.”*

“Nuestra primera responsabilidad es la de testificar a nuestros amigos, parientes, vecinos y compañeros. La evangelización que tiene como punto de partida el hogar es también natural, tanto para los casados como para los solteros. Un hogar cristiano no sólo debería mostrar las normas de Dios para el matrimonio, el sexo y la familia, y ofrecer a personas lastimadas un ambiente de amor y paz, sino que también debe ser un lugar donde puedan sentirse a gusto los vecinos que normalmente no visitarían una iglesia evangélica y esto aún cuando se hable del evangelio.”

“Otro contexto para el testimonio laico es el lugar de trabajo, porque es aquí donde la mayoría de los cristianos pasa la mitad de las horas de cada día, y porque el trabajo es una vocación divina. Los cristianos pueden alabar a Cristo con sus palabras, con el trabajo eficaz, con su honradez y consideración hacia los demás, con su búsqueda de justicia en el lugar de trabajo, y este testimonio cobra eficacia especial si los demás pueden ver por la calidad de su trabajo diario que está hecho para la gloria de Dios.” (*El Manifiesto de Manila*, “Los testigos humanos”, pág. 11, Documento de la Comisión de Teología de la AEE, Barcelona, 1990).

Indudablemente el ámbito geográfico de la iglesia local, el vecindario, es importante. ¡Por supuesto! Sobre todo para aquellos creyentes que tienen relaciones dentro del mismo, y es incluso más importante y significativo cuando “vecindario” no sólo se define como el contexto en el que las personas tienen amistades, sino aquel en el que funcionan escuelas, hospitales, tiendas y clubes, en el que la comunidad va adquiriendo su forma.

Sin embargo, las afirmaciones de Manila nos recuerdan que si la iglesia no aborda también el contexto laboral, no estará cumpliendo fielmente con la gran comisión y en consecuencia evangelizar un país, una ciudad, una sociedad cualquiera será muy difícil de lograr. La historia así lo evidencia y analizándolo objetivamente observamos que tiene sentido.

La importancia del lugar de trabajo

Si la iglesia no aborda el contexto laboral, no ganaremos España.

El lugar de trabajo es el lugar donde la mayoría de cristianos mantienen el número más elevado de relaciones humanas.

El lugar de trabajo es donde los cristianos resultan creíbles.

Además de lo dicho, tanto el Pacto de Lausana, como el *Manifiesto de Manila* recogen también, de forma explícita o implícita, otros puntos importantes que ahora destacamos:

1) El equipo clave para las misiones no es primariamente el pastor, sino todos los creyentes. Para esto existe una sencilla razón: hay muchos más creyentes que pastores, evangelistas y obreros juntos.

La tarea privilegiada de los pastores y maestros es la de guiar al pueblo de Dios hacia la madurez (Col. 1:28) y equiparlos para el ministerio (Ef. 4:11-12). Los pastores no deben monopolizar los ministerios, sino multiplicarlos animando a otros a usar sus dones y entrenando a discípulos para hacer discípulos. El dominio de los laicos por los pastores ha sido un gran mal en la historia de la iglesia. Priva tanto a los laicos como a los pastores del papel que Dios les ha encomendado, produce sobrecarga en éstos, debilita la iglesia y obstaculiza el avance del evangelio. Además, es fundamentalmente no-bíblico. Por tanto, nosotros, que durante siglos hemos insistido en el “sacerdocio de todos los creyentes”, ahora también insistimos en el ministerio de todos los creyentes. (Cf. *El Manifiesto de Manila*, pág. 10).

2) El fundamento para la evangelización es relacional. El motivo de que el laicado sea crucial no es sólo numérico. Se debe a que todos los estudios indican que las relaciones humanas son un factor importantísimo en el proceso de que una persona se convierta al cristianismo. Los creyentes que asisten a las diferentes iglesias locales probablemente están relacionados con más del 90% de la población de su localidad. Puede que muchos digan que fue un Curso Bíblico por Correspondencia el instrumento que los ayudó a conocer el Evangelio, o una predicación escuchada en un momento concreto, pero lo más normal es que sean las relaciones personales las que influyan en una persona para dar crédito e interesarse por el Evangelio.

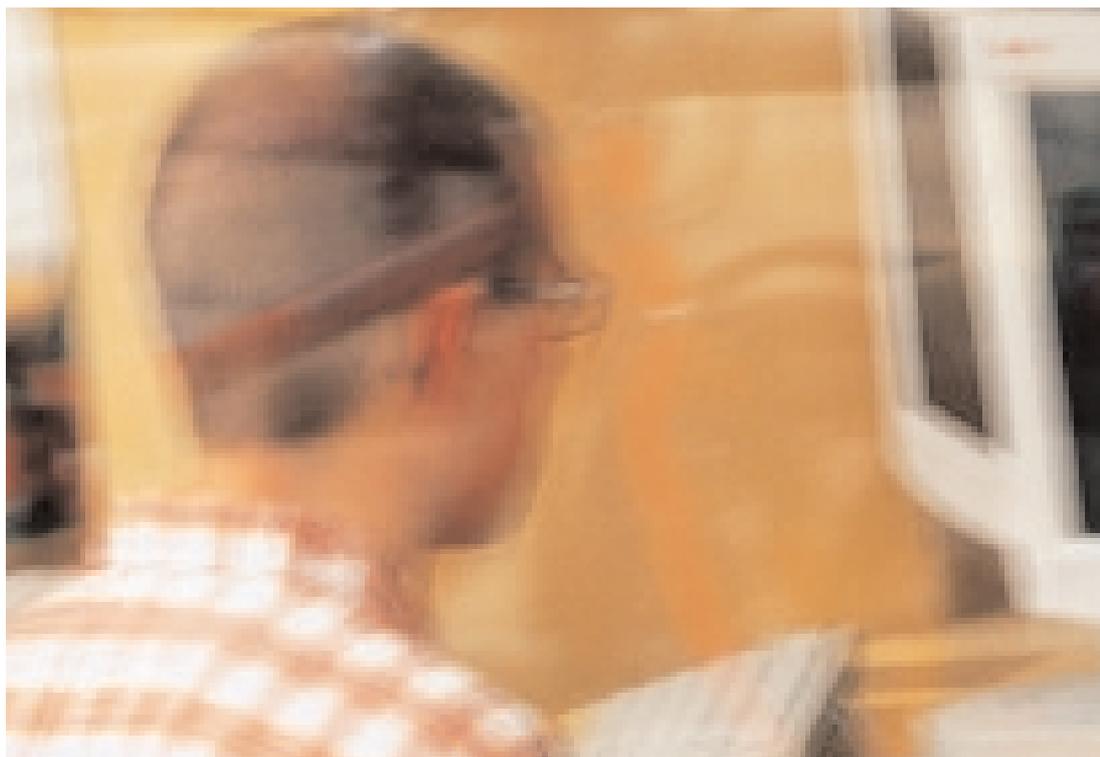
3) Mientras que las personas

tienen relaciones en todo tipo de contextos en los que puede predicarse el evangelio (clubes deportivos, diversos centros de actividades de tiempo libre, en Internet, en el tren), el lugar de trabajo es el lugar donde la mayoría de cristianos mantienen un número más elevado de relaciones humanas.

4) El lugar de trabajo es donde los cristianos resultan más creíbles. La mayoría de cristianos trabajan bien. La mayoría tienen una buena relación con sus compañeros, y esto hace que los consideren creíbles. (Cf. *Manila*, pág. 11).

5) En el lugar de trabajo se aprecia la transparencia y honestidad de los cristianos. Las personas pueden ver la diferencia de una vida transformada por Cristo. La gente nos ve tener éxito y fracasar; perder los nervios o dominarnos; murmurar o decir las cosas cara a cara; culpar a otros o asumir nuestra responsabilidad cuando nos hemos equivocado. La gente aprecia si realmente nos importan la honradez y la integridad. La gente detecta si los demás nos importan o no. Perciben si Dios es importante para nosotros o no. No podemos escondernos.

Durante los últimos años el entorno laboral se ha vuelto, si cabe, más importante para la misión, porque



El hecho de que un cristiano que trabaja o da clases pasa 40 horas semanales, más o menos, con unas 50 personas representa una enorme oportunidad.



la gente mantiene menos relaciones personales fuera de él, y porque el lugar de trabajo suele ser casi el último ámbito en el que personas de diferentes edades, grupos socioeconómicos, etnias y estadios de la vida, tienen un contacto significativo y regular. Por ejemplo, no vemos a mucha gente de 47 años saliendo con personas de 25. Pero en el entorno laboral se pueden relacionar, y se relacionan, personas de entre 18 y 65 años.

Cada vez hay un número mayor de líderes que entienden la importancia que tiene el lugar de trabajo, sin embargo, a pesar de las recomendaciones y conclusiones de todos los grandes Congresos de Evangelización, aún no se ha convertido en parte activa de la planificación estratégica de la mayoría de iglesias. Básicamente, la idea clave no es la importancia del lugar de trabajo. La idea clave es admitir el potencial de todo cristiano para evidenciar que es un discípulo de Cristo en el lugar donde está, como mínimo, 40 horas semanales, sembrar el evangelio en las interrelaciones de que disfruta la mayor parte de su tiempo.

Sin embargo, tristemente, los héroes y heroínas de la iglesia aún tienden a ser “los profesionales”, personas con un extraordinario talento que llevan unas vidas tremendamente fructíferas en la obra cristiana “a tiempo completo”, a menudo en circunstancias inusuales. Este modelo elitista suele desanimar fácilmente al resto de creyentes. No somos tan listos, tan valientes, no tenemos el don de predicación o ni siquiera oímos el susurro más mínimo de un llamamiento que nos pida irnos a servir al otro lado del mundo. ¿Será que en la vida cristiana cotidiana no hay heroísmo?

La realidad es que, un día sí y otro también, los cristianos “normales” hacen cosas extraordinarias en circunstancias asombrosas: no sólo llegando a sus amigos y compañeros, sino también transformando escuelas y centros urbanos, elaborando prácticas y estrategias de producción.

Por ello, el mismo *Manifiesto de Manila* (pág. 11) recoge la siguiente confesión: *“Nos arrepentimos de las veces que hayamos desanimado a los laicos en su ministerio, en especial el ministerio de las mujeres y de los jóvenes. Nos comprometemos de aquí en adelante a estimular a todos los seguidores de Cristo a ocupar el lugar que les corresponda de manera justa y natural, como sus testigos. La verdadera evangelización procede del rebosamiento de un corazón enamorado de Cristo. Por eso*

corresponde a todo su pueblo sin excepción.”

Quizás por ello, en las últimas décadas, se ha producido cierto énfasis en “el ministerio de cada miembro”, pero éste ha quedado confinado sobre todo al “ministerio de cada miembro en la iglesia”, y no se entiende como “el ministerio de cada miembro allá donde Dios lo llame”.

Sin embargo, deberían ser los cristianos “de a pie” quienes realicen el trabajo del ministerio, el testimonio y la transformación. Y ser los pastores y líderes quienes deberían abordar la misión de dotar de visión, formar y respaldar a los creyentes en ese papel.

Deja ir a mi pueblo

La verdad es que, en cuanto dejamos de preguntarnos “¿Cómo alcanzaremos nuestro país, nuestra ciudad o nuestro pueblo?” y empezamos a plantearnos “¿Quién irá?”, la imagen empieza a cambiar. De repente, ese grupo de personas que asisten regularmente a la iglesia empieza a parecerse un enorme recurso.

Incluso suponiendo que la mitad de esas personas que asisten regularmente a la iglesia no se hubieran convertido o comprometido de verdad, seguimos teniendo un gran potencial para influir con el Evangelio en nuestra sociedad.

El hecho de que un cristiano que trabaja pasa 40 horas semanales, más o menos, con unas 50 personas representa una enorme oportunidad. El hecho de que un joven de 23 años al que le gusta hacer deporte pasa varias horas semanales en diversos clubes deportivos representa una excelente oportunidad para forjar nuevas relaciones. De repente, el hecho de que un ama de casa que tiene un hijo en la escuela primaria pueda comunicarse con hasta 20-25 parejas de padres se convierte en una enorme oportunidad para socializar. El hecho de que una persona de 70 años en una residencia se relacione 12 horas diarias con 30, 40 ó 50 personas más de una edad similar supone una tremenda oportunidad.

Tenemos a las personas suficientes. Y las tenemos en el lugar adecuado.

Revitalicemos al pueblo de Dios

Este punto de vista sobre el potencial que tiene cada cristiano para servir a Dios donde está no es sólo una táctica misionera, sino una verdad bíblica. No sólo contiene el potencial para ver a muchas personas



Tenemos a las personas suficientes.
Y las tenemos en el lugar adecuado.

acudir a Cristo, sino para revigorizar a los propios creyentes. Compartir el mensaje del Evangelio con nuestros compañeros de trabajo, vecinos y amigos no sólo los acerca a ellos a la fe, también aviva nuestra fe.

En estos momentos, hay muchos cristianos que son totalmente inconscientes de sus enormes posibilidades para servir a Dios donde están. Van a trabajar, cumplen bien con sus obligaciones, intentan ser honrados y vuelven corriendo a sus hogares al final de la jornada para asistir a la reunión de oración o involucrarse en alguna actividad de la iglesia, de modo que ese día “puedan hacer algo para el Señor”. No saben que ya han estado sirviendo a Dios. No saben que, hagan lo que hagan, pueden hacerlo para la gloria de Dios.

Si Cristo no es importante para los cristianos en los lugares donde pasan la mayor parte de su tiempo, ¿por qué debería serlo para los inconversos en esos mismos entornos? Y si Dios no es relevante para nosotros donde pasamos la mayor parte de nuestros días, ¿por qué iba a serlo donde pasamos mucho menos tiempo?

Además, si los cristianos no somos coherentes con lo que creemos y lo que vivimos en nuestra vida, día a día ¿por qué deberían creer los inconversos que el cristianismo es importante para la suya?

Si los que indagan en el evangelio no ven que somos diferentes a los demás en nuestro entorno laboral, entonces seguirán creyendo que las actividades cristianas son, simplemente, la forma que preferimos de pasar el tiempo libre, en lugar de la fuente de energía de toda nuestra existencia.

Transforma tu entorno

Además de que cada cristiano puede ser un ejemplo para sus compañeros de cómo Cristo puede transformar una vida dándole auténtico sentido y significado, el hecho de ser conscientes de ello puede facilitarnos también la tarea de insuflar la sabiduría de Cristo en el modo en que se hacen las cosas: en una escuela, un hospital o una empresa. Las prioridades del Rey Creador de todas las cosas, indudablemente tendrán un impacto notable sobre el orden creado. En los productos que fabricamos, en nuestras actividades lúdicas, en los salarios que pagamos, en las horas que esperamos que trabajen los demás, etc.

El cristiano inmerso en el mundo de Dios no sólo recibe el mandamiento de dar testimonio oral, sino también el de transformar su entorno, permear la

sociedad no cristiana en la que estamos. Como nos dice el Pacto de Lausana en el punto 6 sobre la Iglesia y la Evangelización: *“Afirmamos que Cristo envía a los redimidos al mundo como el Padre lo envió a Él y que esto exige una similar penetración profunda y costosa en el mundo. Necesitamos salir de nuestros guettos eclesíasticos y permear la sociedad no cristiana.”* (Cf. Op. Cit. pp. 30).

La salvación que decimos tener (y los cristianos proclamamos humildemente que hemos sido salvos) debe transformar nuestras vidas. Pablo instaba a los romanos, “transformaos” y, usando el mismo verbo griego, decía a los corintios, “Estamos siendo transformados” (Rom. 12:2; 2 Cor. 3:18). Esta transformación, si es genuina, debe comprender cada parte de nuestro ser, es decir, la totalidad de nuestras responsabilidades personales y sociales. De otra manera, ¿cómo podemos decir que somos salvos? Porque la fe sin obras es muerta (Sant. 2:20).

Resulta trágico haber pasado por alto estas *Declaraciones*, quizás porque muy posiblemente habría supuesto un cambio radical en la forma de enfocar el ministerio cristiano. O quizás porque, como decía un comentarista, los líderes han colocado a la iglesia por delante de la misión que tiene, la institución antes que el propósito que se le ha dado. Ésta ha sido siempre una tentación poderosa.

El pueblo de Dios constituye un magnífico recurso. Y uno de los problemas esenciales de la iglesia es la incapacidad de liberar ese recurso. Tal y como lo expresaba un importante hombre de negocios, Richard Farson: *“La verdadera fuerza de un líder radica en su capacidad de suscitar la fuerza del grupo.”*

Sin olvidar que la Iglesia es el resultado de la acción de Dios por medio del Espíritu y que, asimismo, es el Espíritu quien da a la Iglesia los dones que hacen posible su existencia como una comunidad misionera (1 Co. 2:4ss.), nos preguntamos, buscando Su guía, Su dirección y Su sabiduría, revelada en Su Palabra:

¿Cómo podemos despertar esa fuerza latente en la comunidad cristiana?

¿Qué te llama Dios a hacer? ¿Qué respaldo tiene que proporcionarte tu iglesia?



Deja ir a mi pueblo

¿Cómo podrá la iglesia forjar comunidades cristianas que contribuyan a liberar la fuerza del pueblo de Dios?

¿Cómo podrá la iglesia forjar comunidades cristianas que contribuyan a liberar la fuerza del pueblo de Dios?

- 1) Preguntemos a ese pueblo.
- 2) Tomémonos en serio las respuestas.

Por supuesto, los líderes son los encargados de marcar la dirección general, pero los buenos líderes también querrán saber a qué problemas se enfrentan los creyentes, y cuáles son los recursos necesarios para superarlos.

Debemos prestar oído no sólo a la Palabra de Dios y al mundo (esa doble escucha, como la definía John Stott), sino también al pueblo de Dios: la triple escucha.

Esto no es una ideología centrada en el maestro, sino en el discípulo.

Este paradigma no comienza con la pregunta “¿Cómo te expreso lo que sé?”, sino con otra del estilo de “¿Cómo puedo ayudarte a vivir para Cristo allá donde estés?” O preguntas más concretas, como:

- ¿A qué problemas te enfrentas en la vida?
- ¿Qué te pide Dios que hagas?
- ¿Qué conocimientos crees que te faltan?
- ¿Qué habilidades tienes que dominar?
- ¿Qué preguntas formulas tú o tus

amigos no cristianos?

¿Qué recursos te serían de utilidad?

¿Qué respaldo necesitas por parte de tu iglesia?

¿Qué podríamos descubrir?

Podríamos descubrir que muchos de nosotros nos estamos esforzando por integrar fe y vida, por fusionar fe y trabajo. Podríamos descubrir que nosotros mismos tenemos una serie de preguntas sin respuesta, y que no tenemos la confianza suficiente para

realmente cómo compartir nuestra fe, y que sentimos recelo hacia los métodos muy estandarizados.

Podríamos descubrir que la barrera más importante que los cristianos consideran que impide que desarrollen su pleno potencial en Cristo en el ámbito de las misiones es el miedo: miedo a su propia ignorancia, a su propia autoestima, a la vergüenza, al fracaso, a decepcionar a Dios.

Esto no nos inhiere de la responsabilidad de intentar compartir a Cristo. Sabemos que Él espera que su pueblo dé testimonio de Él: *“Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”* (Hch. 1:8).

A pesar de todo, este entendimiento contemporáneo del concepto del testimonio se opone a que una mayoría de personas lo practique. Un testigo no es necesariamente un predicador o el participante en un debate. Un testigo es alguien que dice a otros lo que ha visto y experimentado.

No se necesita una formación especial para hablar a los demás sobre el día en que conocimos al amor de nuestra vida. No necesitamos formación para hablar a nadie del gimnasio donde practicamos ese squash que tanto nos gusta. Bien pudiera ser que nos contestasen que



responder a las preguntas que, imaginamos, nos plantearán los inconversos.

Podríamos descubrir que en muchas áreas tenemos sed de una sabiduría que dirija nuestras vidas: para elegir una carrera, un cónyuge, para seguir casados, para criar a nuestros hijos, para administrar nuestra economía.

Podríamos descubrir que muchos de nosotros nos sentimos culpables por lo que consideramos nuestra incapacidad de marcar una diferencia, que muchos no sabemos

El poder de la conversación

El testimonio no consiste en ganar un debate, sino en tener una conversación. Y la gran carestía en la comunidad cristiana de nuestros tiempos no es una nueva generación de evangelizadores de púlpito, sino una comunidad de personas que hablen de Jesús frente a una taza de café.

la pista de squash de su gimnasio es mejor, o que no les gusta el squash porque es el ámbito de los encopetados de clase media, o que el tenis es un juego más apasionante.

El poder de la conversación

El testimonio no consiste en ganar un debate, sino en tener una conversación. Y la gran carestía en la comunidad cristiana de nuestros tiempos no es una nueva generación de evangelizadores de púlpito, sino una comunidad de personas que hablen de Jesús frente a una taza de café.

Si el ejemplo del testimonio es un sermón evangelístico o la capacidad de debate que tenga el apologeta profesional, no es de extrañar que las personas no hablen de Cristo. La charla preparada al detalle no es algo que podamos emplear normalmente en una cafetería, y un folleto evangelístico es un instrumento útil, pero dentro de un tiempo y un lugar concretos.

Es posible que el cristianismo empezara a extenderse por el mundo antiguo a partir del sermón de Pedro ante un amplio público, pero no siguió ese patrón. En realidad, en la Biblia se registran muy pocas predicaciones ante un gran número de personas. La mayoría de cultos se celebraban en casas demasiado pequeñas como para contener a la congregación media propia de la España de nuestros tiempos. Y la mayoría de "predicaciones" tendría seguramente poco que ver con el tipo de discurso ininterrumpido y unilateral que conocemos.

El evangelio tampoco se extendió por medio de tratados, los medios de comunicación o la penetración de las estructuras de poder y los canales de influencia. Se expandió a través de conversaciones serias, respaldadas por la oración, fortalecidas por el Espíritu Santo y validadas por la evidencia de unas vidas transformadas.

Sin embargo, incluso si el testimonio es afín a la conversación, no es una actividad "natural". Hablar de Cristo en una actividad con un fuerte componente espiritual. En el



libro de Hechos, los discípulos oran siete veces pidiendo valor o, mejor traducido, "libertad" para hablar de Cristo. No cabe duda de que oraron con mayor frecuencia. El testimonio cristiano no puede quedar reducido a una técnica. Es más que una simple conversación, y no está carente de riesgos. Después de todo, muchas personas de nuestros tiempos se han empapado del relativismo, y es más probable que respondan aun a la exposición más directa del evangelio diciendo que "está bien", y procedan luego a explicarte cómo el poder de los cristales ha cambiado su vida.

Si el testimonio es, en su grado más simple, una conversación, esto no equivale a decir que no tenemos la responsabilidad de estar preparados para responder a las preguntas de los demás. Pedro llama a los cristianos a "estar siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros" (1 P. 3:15). Aquel que fuera pescador no nos dice que tengamos que ser capaces de discutir con el catedrático de budismo en Salamanca, pero nos anima a estar preparados, presentando una defensa lógica, a dar motivos de la esperanza

que tenemos. No tenemos que salir vencedores en la discusión; debemos limitarnos a exponer nuestro argumento.

Sin embargo, la inmensa mayoría de personas en nuestras iglesias no está preparada para la misión a la que Dios les ha llamado. Y no tiene mucho sentido que se nos exhorte constantemente a ministrar y dar testimonio si tales exhortaciones no van precedidas de una formación adecuada, y acompañadas de un respaldo suficiente. Los instrumentos como *Explorando el Cristianismo*, el *Estudio Bíblico Participativo*, *Cristianismo Contagioso* o los *Cursos Alfa* son poderosos no sólo porque permiten que personas interesadas exploren la fe cristiana, sino porque conceden a los creyentes la oportunidad de clarificar sus conceptos. Y esto induce a una mayor confianza.

Hay cosas que nuestro pueblo debe conocer. Ya es hora de que alguien se

¿Tu iglesia hace discípulos?
¿Estás más cerca de Cristo
que hace un año?



Aprender a vivir, vivir para aprender

El objetivo de la iglesia no es edificarse. Cristo se encarga de eso.

Nuestro objetivo es el de hacer discípulos.

Hacer discípulos es la tarea a la que Jesús dedicó sus tres años de ministerio público. Eso es lo que hizo Bernabé con Pablo y Juan Marcos, y Pablo con Timoteo. Es cierto que Jesús habló a miles de personas, pero se centró en 12. Cristo hizo discípulos, y nos ordenó que hiciésemos lo mismo.

La iglesia en España tiene una estrategia basada en “convertir y conservar”. Cristo tenía una estrategia de “discipular y liberar”. ¿Estamos haciendo discípulos?

Hacer discípulos es un asunto bastante más complicado que predicar y enseñar.

Se pueden usar las reuniones y programas masivos para contribuir a hacer discípulos, pero tales medios no son suficientes. El que hace discípulos tiene que entrar en una estrecha relación con ellos; debe estar en posición de formular preguntas difíciles, mantener ante los ojos incrédulos el espejo de la Palabra de Dios; debe saber enfrentarse a las presiones y tentaciones específicas que tiene el individuo.

Consideremos las siguientes preguntas:

¿Tu iglesia hace discípulos?

¿Estás más cerca de Cristo de lo que lo estabas hace un año?

Durante el último año, ¿has aprendido suficientemente sobre lo que significa vivir como seguidor/a de Cristo en el mundo contemporáneo?

La mayoría de pastores han estudiado para enseñar, predicar y aconsejar. Sin embargo, el discipulado es más que eso, y muchos pastores no han sido formados en el arte de la creación de discípulos. Por lo general, los pastores no son miembros de una célula de estudio por las casas, ni están involucrados como mentores con personas concretas de sus iglesias. Las estructuras en la mayoría de iglesias no se prestan para un buen discipulado. De hecho, los pastores pasan muy poco tiempo haciendo discípulos o transmitiendo las habilidades necesarias para ello. Pasan la mayor parte de su tiempo en la administración, la consejería frente a las crisis y la visitación, preparando y dirigiendo los cultos y elaborando sermones.

El pastor medio tiene una descripción de su trabajo que prácticamente ningún miembro de su congregación aceptaría. Además, el pastor medio, según las constataciones de la Alianza Evangélica, padece un exceso de trabajo, un alto grado de estrés y recibe un sueldo insuficiente. Un número significativo se está planteando dejar el ministerio.

El pastor medio tiene buenas capacidades, está entregado a Cristo y comprometido con su pueblo. No podemos pedirle que haga más. Pero debemos darle libertad para que hagan lo realmente importante.

Jesús se centraba en el desarrollo de un grupo reducido de personas. ¿Lo hacemos nosotros?

Un pastor involucrado en el discipulado descubrirá incontables beneficios para la congregación como unidad. Desarrollará unas relaciones que revelen los verdaderos intereses en el corazón de las personas, descubrirá las preguntas a las que se enfrentan los cristianos en este mundo, verá en qué áreas tienen éxito y en cuáles no, y discernirán el porqué. A menudo la congregación se beneficia de estas relaciones

profundas y pertinentes con unas pocas personas.

Deberíamos preguntarnos si últimamente hemos hecho algún discípulo. Nuestra enseñanza, ¿va destinada a crear discípulos abiertos al exterior, o sólo a retener a los convertidos? Nuestros cultos, ¿contribuyen a edificar a los discípulos o sólo a mantener la fe? ¿Tenemos líderes que deseen llevar a cabo un programa de formación? ¿Gozamos de la profunda convicción de que comunicar las Buenas Noticias es esencial para el discipulado?

Un anhelo constante

Aparte de esto, ¿nuestros patrones eclesiales reflejan el énfasis cuádruple del Nuevo Testamento sobre la oración, el aprendizaje, las relaciones y la comunión? “Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hch. 2:42).

La iglesia de Cristo no tiene que ser una comunidad donde la enseñanza “aparezca” de vez en cuando, sino



Deberíamos preguntarnos si últimamente hemos hecho algún discípulo.

Nuestra enseñanza, ¿va destinada a crear discípulos abiertos al exterior, o sólo a retener a los convertidos?

Nuestros cultos, ¿contribuyen a edificar a los discípulos o sólo a mantener la fe?

que debe estar “dedicada a enseñar”. Debe ser una organización de aprendizaje. La mayoría de las iglesias no lo son, ni lo serán mientras haya un énfasis aplastante sobre el culto del domingo.

En una hora o 90 minutos, un domingo, se pueden hacer muchas cosas, pero no todo lo necesario. No podemos esperar que los pastores o maestros, por dotados que estén, enseñen toda la Biblia y todas las doctrinas cristianas esenciales; aparte de qué pensar sobre la clonación, el aborto, Saddam Hussein, las series de la tele, *el Gran hermano*, cómo ser un mejor marido /mujer, amigo/a, jefe/a, padre o madre, y cómo tener un mayor impacto sobre la comunidad, la escuela local, el puesto de trabajo... y todo ello en 10 minutos o media hora de un domingo. Y está claro que no podemos darle a todo el mundo la oportunidad de formular las preguntas sobre la enseñanza que han recibido, o de expresar sus dudas.

No hay nada malo en la predicación unilateral. Pero es más efectiva en contextos donde se combina con otros medios de aprendizaje. Necesitamos más enseñanza, no menos, sobre todo porque la gente contemporánea que asiste a la iglesia ha aprendido menos en la escuela o en su hogar sobre el cristianismo que las personas de generaciones anteriores. Todo no puede hacerse un domingo, ni ningún pastor debería pretender que así fuera. La mayoría de personas debe estar preparada para dedicarse a un aprendizaje activo, algo opuesto a querer nutrirse a base de migas.

Un aprendizaje con tres fundamentos

Por supuesto, las diversas corrientes de la Iglesia responderán a la necesidad de formas distintas. Buena parte de esto ya lo ha explorado el movimiento eclesial de células suprimirlo, y hay mucho que aprender de lo que ellos están descubriendo. Sin embargo, la cuestión no se centra en una forma concreta que adopte la respuesta, sino en el contenido que pretendemos transmitir y los resultados que queremos obtener. Dicho esto, una iglesia evangélica media, con un culto de domingo por la mañana, puede funcionar con una estructura basada en tres pilares, que ofrezca:

- 1) La oportunidad de adorar a Dios en la comunidad de creyentes, y oír una exposición bíblica.
- 2) La oportunidad de explorar las verdades bíblicas dentro de un contexto en el que puedan formularse preguntas y aplicar las verdades a la vida contemporánea (p.e., células casa por casa, estudio bíblico dominical para adultos o reuniones de enseñanza entre semana).
- 3) La ocasión de desarrollar unas relaciones significativas, que se respalden mutuamente, con una apreciación de la responsabilidad y el servicio, con un número más reducido de personas, donde haya libertad para formular y responder preguntas difíciles (p.e., grupos en casas, grupos de oración, grupos de conversación en el medio de transporte público, tríos en el lugar de trabajo, sesiones previas a salir con los amigos).

*Un discípulo es un
alumno activo y
concentrado.*

*Un discípulo es un
aprendiz y un
practicante; no sólo
estudia la Palabra,
sino que la practica.*



Un discípulo es el seguidor de un maestro concreto.

Un discípulo es responsable ante alguien que le conoce y le ayuda a aprender, crecer y vivir.

Un discípulo mira hacia el exterior, se centra en ayudar a otros a comprender lo que significa ser discípulo.

Esencialmente, este fue el patrón que desarrolló el gran evangelista y fundador metodista de iglesias John Wesley. Pero la clave no estriba en la forma que empleó en su época, sino más bien en que seamos imaginativos sobre el modo de trabajar con los ritmos de la vida contemporánea para ayudarnos mutuamente a crecer en el discipulado.

Resulta interesante constatar que muchos líderes sostienen que las personas se niegan a acudir a las actividades que son muy exigentes. Pero esto depende, en parte, de si nos referimos al 50% de una congregación o a un grupo de discípulos. Muchas personas dedicarán una tarde a una actividad de aprendizaje... y lo están haciendo. ¿Qué podemos hacer con el tiempo que las personas sí dan?

Por ejemplo, va en aumento la popularidad de estudios bíblicos en profundidad. El motivo de que así sea es sencillo: allí se estudia la Biblia, teniendo en mente su aplicación a la vida, y esto contribuye a llevar una vida santa. Los ocupados profesionales de los barrios exteriores de las urbes dedicarán horas a algo productivo, pero se lamentarán de cualquier segundo perdido en un grupo anodino, vacilante. Esto no quiere decir que el futuro radique en estudios bíblicos en profundidad y que exijan un gran compromiso; lo que significa es que una parte de ese futuro consiste en crear contextos en los que se puedan formular preguntas, expresar las dudas, airear los desacuerdos, enfrentarse a las dificultades y respaldar los compromisos.

Hasta la introducción de las células de estudio, la solución primaria en España frente a las limitaciones de la predicación unilateral y dominical consistió en iniciar grupos por las casas. Pero la investigación ha sugerido que más del 70% de los grupos por las casas no tenían unas metas conscientes. De aquellos que sí las tenían, la mitad no eran tanto metas como listas de actividades. Es decir, que el grupo se reunía para hacer cosas (una combinación de estudio, oración, adoración, amistad), pero sin tener una idea clara de resultados específicos, como p.e., crecer de determinada manera, aprender habilidades concretas o animarse unos a otros de formas específicas.

Además, la tendencia era la de imponer el mismo tipo de material en cada grupo, como si fuera verdad que los cristianos somos todos “talla única”. Esto tiene muy poco sentido desde un punto de vista formativo y de aprendizaje, porque no tiene en cuenta que los asistentes pueden estar en diversos estadios de su desarrollo cristiano y de sus vidas, y por consiguiente tienen necesidades diferentes. Cada uno tiene su talla.

Los discípulos no sólo necesitan un lugar donde aprender, sino también donde ser “auténticos”, permitiendo que se compartan preguntas y se hagan descubrimientos íntimos, se manifiesten luchas y alegrías, tentaciones y fracasos, pecados y triunfos. En resumen, necesitan relaciones que les respalden y les hagan responsables. Esto se puede conseguir de muy diversas maneras (en tríos, en parejas, en células), pero

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado.”

Jesús de Nazaret, Mateo 28:19-20

tales relaciones son, para muchas personas, una de las claves más importantes para gozar de un crecimiento continuado en Cristo.

Será mejor empezar en algún punto

Si queremos forjar comunidades que tengan como objetivo importante discipular, es probable que esto exija a nuestros líderes aprender nuevas habilidades. Del mismo modo que intentamos ofrecer un aprendizaje que dure toda la vida entre los nuestros, deberíamos tomarnos en serio el aprendizaje de nuestros pastores, que también perdura toda la vida.

Tristemente, el ministerio pastoral es prácticamente la única profesión donde la gente espera en serio aprender en dos o tres años todo lo que necesitan durante toda la vida. Eso no lo esperamos de un abogado, un contable o un médico. Además, es un tema que toda iglesia debe tomarse en serio. ¿Cómo podemos garantizar que nuestros pastores estén aprendiendo lo que necesitan? ¿Qué parte de nuestro presupuesto dedicamos a ello?

Es bien posible que los pastores pregunten: ¿Cómo podemos hacer discípulos hoy día? ¿Cómo podemos crear congregaciones que estén orientadas al discipulado?

La respuesta es, probablemente, empezar poco a poco y sin grandes pretensiones. Ningún pastor puede hacer solo toda la labor del discipulado, pero sí que puede empezar en determinado punto, y formar a aquellos que serán capaces de compartir con él su carga. Es vital que esto, con el tiempo, extienda las fuentes de sabiduría por toda la comunidad. Si no fuera así, la iglesia corre el peligro de volverse demasiado dependiente del equipo pastoral profesional. Éste no puede hacerlo todo, e incluso si pudiera, ésa no es su misión.

Tenemos mucho que aprender, y es probable que si proclamamos con bombo y platillo algún programa nuevo como la solución definitiva para los problemas de la iglesia, sus miembros lo reciban con el escepticismo que se merece. No obstante, disponemos de una serie de

recursos. Además, es posible que existan algunos modelos que ya se están probando y que saldrán a la luz gracias al proceso del que la Alianza Evangélica quiere ser pionera.

Sí, tenemos mucho que aprender, pero no debemos permitir que la búsqueda de “grandes modelos” inhiba el inicio del proceso del discipulado. Un líder puede



comenzar por preguntar a su congregación cuáles son las cosas que les ayudarían, o empezar un grupo con pocas personas con la intención expresa de ayudarlas a crecer.

El mayor recurso de la iglesia son las personas de que ya disponemos. Debemos hallar maneras de ayudarlas a acercarse a quienes aún no conocen a Cristo, con generosidad, humildad y propósito.

¿Imagínate que le formulamos a Jesús la pregunta: Señor, ¿cómo puedo marcar una diferencia para ti hoy?



Tu país te necesita

España es un país secularizado, y nuestras familias, amigos, vecinos y colaboradores necesitan escuchar el evangelio en términos que lo puedan entender. No podemos esperar que acudan a nuestras iglesias; deben aprender de Cristo a través de nosotros.

Debemos llegar a convencernos de lo siguiente:

España nunca se convertirá a menos que forjemos unas comunidades abiertas, auténticas, donde se aprenda y se ore, que se centren en la formación de discípulos de por vida, y que aprovechen las oportunidades para ejemplificar y compartir el evangelio siempre que se relacionen con las personas presentes en sus vidas cotidianas.

Y debemos orar.

Todo cristiano tiene este alto llamamiento: implicarse en la historia de la relación entre Dios y la humanidad, historia que sigue adelante.

Todo cristiano puede ser diferente donde está, y marcar una diferencia precisamente en ese lugar.

Y cada uno de nosotros está involucrado en la lucha para vencer al mal con el bien, ayudar a los débiles, consolar a los que sufren, alimentar a los pobres, y crear un país, un pueblo, un lugar de trabajo, una escuela o un hogar donde la levadura del Reino lo transforme todo.

Oremos.

Imagina si creásemos comunidades de oración, de respaldo y de formación que nos ayudasen a crecer en sabiduría, humanidad y amor generoso; comunidades a las que la gente quisiera acudir. Comunidades que capacitaran a sus miembros a acercarse a otros.

Imagínate que le formulamos una pregunta a Jesús:

“Señor, ¿cómo puedo marcar una diferencia para ti hoy?”

¿Qué diferencia supondría eso? ¿Dónde nos llevaría Jesús, individual y colectivamente? A un lugar muy emocionante que, en muchos casos, es exactamente donde estamos ahora. Pero nos irá pareciendo diferente cuando comencemos a verlo a través de Sus ojos. E incluso lo será más cuando Él empiece a obrar en él.

Que así sea en cualquier lugar donde estés.

Y en nuestro país.